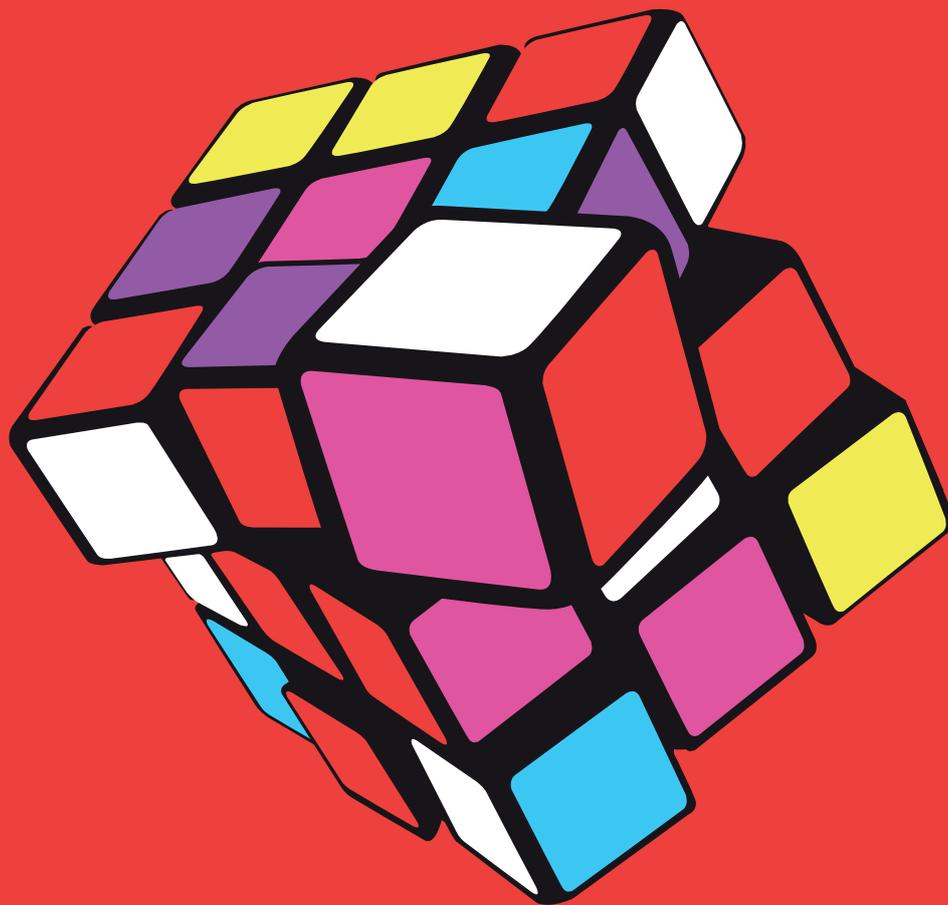


a medio deconstruir

Relatos de un equis de la generación equis



Paco Estevarena
amediodeconstruir.com

15 relatos
actualizado el
29.3.23

A medio deconstruir

Relatos de un equis de la generación equis

Paco Estevarena

Última actualización
29 de marzo de 2023

Índice

Huevos revueltos	3
Jean Valjean es un pelotudo	8
Un billete con la cara de Ardiles	11
Los ases del ping-pong	16
El sindicato único de hijos únicos	19
Ser gordos hoy (y mañana también)	23
Un polaco, un ruso y un turco entran en una iglesia	26
Te concedo la presbicia	29
El misterio de las Guayanas	34
El prode de la copa	40
Los tocayos	50
Indignación por el acampe	55
Cómo vivir mil años	59
De cazadores cazados	63
El rock murió de Covid	70

Huevos revueltos

Desde que me enteré de que Paul McCartney se despertó una mañana en lo de su novia Jane Asher habiendo compuesto *Yesterday* durante un sueño, la idea misma no dejó de perturbarme y, por qué no, darme cierta expectativa en que algún día me sucedería algo de trascendencia similar.

Dice la historia que, tan simple como mágico pueda considerarse, Paul despertó cantando “*scrambled eggs*” con la melodía del tema más versionado de la historia y murmurando a continuación el resto de la canción. Que luego, por su similitud fonética en inglés, tan solo con un par de batidas más, los huevos revueltos pasaron a ser “*Yesterday*”, a los que agregó otros ingredientes para cocinar el que hoy conocemos como uno de los éxitos principales de *The Beatles*. Porque tengo cierto escepticismo hacia todo lo sobrenatural, me resulta más fácil creer que el sector medio de la canción o *middle-eight* “*why she had to go, I don’t know, she wouldn’t say...*”, así como otras partes que suelen ser de factura más técnica como la *coda* o final del tema, no fueron fruto del sueño, sino parte de una elaboración posterior, ya sea propia o en colaboración con su experimentado productor artístico Sir George Martin. Aún así, el solo hecho del nacimiento de la que tal vez sea la canción más popular de la historia moderna como parte de un pasaje onírico, no hace más que generarme curiosidad y admiración singular. Incluso en mis días más optimistas, actúa en mí como validación de la existencia de una fuerza superior, llámese Dios, o algo que no comprendemos y nos excede para bien. Quién dice, hasta en una posibilidad de trascender a la vida humana o, al menos, un motivo que la justifique. Y basta. Porque como intentaré contar a continuación, mi experiencia personal acerca de los

sueños y la creación fue por mucho tiempo mucho más cercana a lo mundano, por no decir vergonzante.

Un acercamiento superficial a la psicología, resultado de dos materias universitarias durante mi formación como publicitario, más al menos quince años de terapia posterior en el rol de paciente, me habilitan a tomar postura, caraduresca pero convencida, sobre dos definiciones relativas a la interpretación de los sueños. Acuerdo en su totalidad con la teoría de los *restos diurnos*, es decir, que todo lo que soñamos tiene anclaje y fundamento en sucesos del día. No necesariamente de la jornada anterior, sino con experiencias reales pasadas. Por el contrario, refuto de modo vehemente hasta al más experto que los sueños son una construcción posterior al despertar, que son un mero intento de explicación de lo abstracto que modelamos desde un estado consciente de vigilia. Mi marco teórico es nulo para afirmar o negar cualquiera de los dos argumentos, pero quién podría esperar razones de un músico, que vive de la publicidad y que por sobre todas las cosas es muy argentino...

Desde que decidí dar estatus de revelación a la anécdota de Paul, tuve algunas experiencias que podrían considerarse trucas y que guardan un patrón similar. Pero muy a mi pesar, ninguna tiene que ver con la música. Desde el fin de mi adolescencia, mi momento de inspiración musical sucede solo cuando manejo. No cuando me baño, ni cuando bebo, ni en cualquier otra dimensión de tiempo, espacio o situación, entre las que figuran el dormir y el soñar. Tengo que estar al volante. Sin excepción. Lo acepto con resignación graciosa, ya que dormir durante la conducción de un vehículo a cambio de un extra de lucidez artística, no sería seguro para mí o para la comunidad circundante.

Me atrevo a afirmar con rigurosidad científica que manejar un auto posee similitudes con el estado del sueño profundo. Partes del cerebro se desconectan para dar lugar a otras funciones motrices, automatizadas, necesarias para la conducción, que en caso de ser racionalizadas, dirigirían inevitablemente al choque. Ese espacio mental, librado de pensar en pisar uno u otro pedal, girar o pasar un cambio, promueve las condiciones propicias para la inspiración y, en el mejor de los casos, la creación. Recuerdo los nombres de las calles con sus intersecciones o alturas, los kilometrajes aproximados de rutas o desvíos de autopista en los que vinieron a mí cada una de mis canciones.

Distinto es lo que (no) me sucede al dormir. A la fecha no logré que se me manifieste ninguna música original durante el sueño y, en consecuencia, ningún recuerdo de fragmento de canción al despertar. Ni siquiera un mínimo indicio sobre el cual comenzar una composición. A cambio, de modo ocasional, recibo guiones cinematográficos, argumentos para novelas o incluso sagas completas de libros, sobre los que me avergüenzo admitir, no valoro por su calidad, sino por la absoluta certeza de que se transformarán en *blockbusters* o en *bestsellers*. Reconozco que son una tremenda porquería, pero a la vez una basura que me liberará de tener que volver a trabajar de ahí en más, ya que sin duda existirá un público idiota para consumirla. Una vez que en medio del sueño se instala esta idea, el mismo continúa al solo objeto de la futura generación de más lucro, planeando las secuelas y precuelas, ediciones especiales, *merchandising* y derechos de comercialización. Mercantilismo onírico obscuro en su máxima expresión.

No fue por pereza posterior que jamás transcribí éxitos de taquilla asegurados como el de la secta de vampiros *zombieadolescentes* que se reproducen en una quinta de San Isidro, del cual no los voy a someter a su sinopsis breve. El estado de consciencia matutino me devuelve a un nivel de sensatez en el que prefiero privilegiar un pasar digno de clase media laburante, a convivir con el peso de una fortuna mal habida a base de entretenimiento chatarra. Sin embargo, ayer por la noche finalmente vino a mí la que puedo considerar mi ópera prima, digna de mención, que me enorgullece contarles resumidamente a continuación, antes de comenzar mañana mismo con la tarea extensa pero redituable de escribir el primer volumen completo. Porque una obra con destino de clásico universal corresponde que primero sea literaria, para recién luego evaluar su adaptación cinematográfica.

Siempre voy a escribir en primera persona. Me parece mucho más honesto que contar una historia en tercera persona en la que el protagonista es un escritor. Me quita las ganas de ser leído cualquier libro cuyo personaje principal sea alguien que escribe. Si hay que ser autorreferencial, mejor serlo a fondo. Lo que no implica impedir la ficción sobre uno mismo, ni ser obligatoriamente autobiográfico. Por eso, soy coprotagonista de esta historia.

Somos cuatro amigos de la escuela primaria. Pero en la actualidad, todos cuarentones. Lóscar, que no es *L'Oscar*, una especie de Oscar francés, sino Lóscar, bien porteño, Carlos al revés. En los ochentas era un *bully*, aunque acá ese término no se usase. Un chico que hostigaba a sus compañeritos, a veces me tocaba a mí, a veces a otros. Nos agarramos a trompadas algunas veces, sin vencedor concluyente. A medida que crecimos comencé a darme cuenta de que Loscar era en efecto un tipazo. Y hoy, visto en retrospectiva, pienso que cumplía con todos los estereotipos sociales y familiares que terminan transformando a una víctima en un bravucón. La última vez que lo vi fue en el bar *La Farola de Olivos*, durante el sorteo para la *colimba*.¹ Creo que zafó por número bajo y, como marca la tradición de festejo, le pelamos la cabeza a tijeretazo limpio. No volví a saber más de él, hasta reencontrarlo, de cuarenta y largos, en este sueño que mañana comenzará a ser novela. Luego está Tomás, que vivía a media cuadra del colegio. En su casa probé por primera vez la cerveza. Hará unos diez años reapareció por *Facebook* con porte de comisario político, preguntándome mucho qué pensaba de tal o cual cosa, asumo buscándome de aliado para militar quién sabe qué. Le seguí un poco el juego, hasta que se dio cuenta de mi desinterés genuino y me retiró la amistad virtual. Ahora volvió sin rencores para esta historia. Por último, Tito, convertido en *Tillo* de adolescente. Mi mejor amigo de la niñez. Días de *ping-pong* y *TEG*. Derramamos un vaso de *Fanta* dentro del televisor *Grundig* de mis viejos mientras jugábamos al golf de la *Commodore 64*, quemándolo por supuesto y quedándonos sin computadora por un mes entero. Un fin de semana en el campo de su familia en Entre Ríos pescamos una anguila. El pobre bicho se resistía estoicamente a los machetazos, hasta que dejamos de prestarle atención y nos fuimos a hacer otra cosa. Esa noche, comiendo arroz, nos enteramos de que la carne que contenía la cazuela era de la mismísima anguila. La vomitamos. El verano siguiente, me invitó unos días a su casa de vacaciones de Pinamar y, de tanto ir a un lugar de videojuegos que por entonces se llamaba *Enjoy*, a él le regalaron un peluche de *Mario Barakus* y a mí una musculosa de promoción del local con un *Pac-Man*. Durante el secundario nos fuimos distanciando, reencontrándonos muy cada tanto a través de la música. Él tenía un grupo de *rockabilly*, género que yo por aquel

¹ Acrónimo para referirse al *Servicio Militar Obligatorio* vigente hasta 1994 en Argentina, conformado por las primeras sílabas de las palabras *corre*, *limpia* y *barre*.

momento menospreciaba por antiguo y simplón y que hoy amo. Compartimos algunas zapadas divertidas, rociadas de *bourbon*, lo que daba un toque de autenticidad *country* a las sesiones. Años más tarde, ya en mis veintes, me enteré a través de un amigo en común de que Tillo había muerto ahogado, nadando en un dique de Córdoba. Ahora había vuelto desde el más allá, en versión adulta pero dientudo como siempre, para la aventura que nos esperaba.

Es un domingo silencioso y de calor. Los cuatro cuarentones estamos sentados en la escalinata de entrada de una escuela pública. Nos levantamos y nos acercamos a la puerta, de vidrio esmerilado, que estaba cerrada. Lóscar, con destreza, mueve la cerradura y le introduce cosas hasta que logra abrirla. Entramos al patio principal. Hay una parrilla en el medio, improvisada, de esas que los obreros arman pegaditas al piso, sostenidas solo por ladrillos, en las obras en construcción. De adentro de una bolsa saco un pacú, un pescado de río. Grande, carnoso, intimidante. Lo echamos a las brasas, se cocina y lo comemos. Ninguno de los cuatro habla. Al rato empieza a entrar más gente al colegio. De todas las edades, familias, lo que se podría denominar “barrio”. A nadie le llama la atención que estemos comiendo ahí. Aún sin hacernos comentario alguno, nos alcanza para saber que son amables. En poco tiempo arman una feria, una kermés escolar. Nos quedamos ahí con ellos.

Me despierto y preparo unos huevos revueltos. Empiezo a escribir el primer capítulo.

Comentá sobre este relato en el sitio ([enlace](#))

Jean Valjean es un pelotudo

“Rosebud es un trineo. Si la película es clásica no hay spoilers, lo que hay son giles que no la vieron.” Nelson Mandela

Jean Valjean para mí siempre fue un pelotudo. Pero antes de justificar mi falta de empatía con el pobre reo de *Los Miserables*, creo necesario contarles mi relación con un subgénero cinematográfico que me apasiona: las películas de fuga.

Hay escapes de campos de prisioneros, de países con regímenes totalitarios, de secuestros por parte de maníacos depravados, de sectas religiosas, de hordas de monstruos o extraterrestres, de la furia de la naturaleza y, tal vez el más revisitado en el séptimo arte, el escape de cárceles. Mi preferido.

Recuerdo el impacto profundo que tuvo en mí ver por primera vez *Escape de Alcatraz* con Clint Eastwood en la piel del convicto Frank Morris a mis siete u ocho años. Hasta aquel entonces no había vivido jamás la palpitación que provoca el suspenso. ¿Llegarán a darse cuenta los guardias de que esos presos que duermen plácidos son en realidad cabecitas de papel maché, embadurnadas con pelos levantados de la peluquería de la prisión?

¿Tendrán tiempo los presidiarios liderados por Morris para volver a sus celdas sin ser descubiertos, luego de planear noche tras noche su escape a través de las recámaras de cañerías? ¿Esa balsa hecha con remiendos de pilotos para la lluvia soportará los embates de la Bahía de San Francisco? Nunca la TV me había hecho sufrir tanto por nadie como por esos valientes, ni desear con tanto fervor por su éxito. Ya en posteriores *rewatches* durante la vida adulta, descubrí los distintos niveles de la trama, como ser el de la huida de los reclusos no solo de la cárcel, sino también de su pasado y sus propios demonios. Esa dualidad resulta superadora frente a la de otro tipo de fugas, como ser las de volcanes en erupción o zombies en persecución, donde el protagonista suele ser indudablemente víctima y héroe, pero a la vez previsible y monodimensional. Como si acaso faltase algo para acrecentar mi devoción por *Escape de Alcatraz*, fue reconocer, en una ocasión reciente, que el papel del director carcelario era interpretado por Patrick McGoohan, el actor que, ya de más viejo, hace del rey Zanquilargo en *Corazón Valiente*. No encuentro otro villano que me haga reír a carcajadas como ese déspota monarca inglés, en un rol que se supone serio. Por el contrario, en su *performance* en la inexpugnable penitenciaría de “La Roca”, impone autoridad, severidad justa y respeto genuino. Una némesis a la altura del protagonista.

La admiración que siento por Frank Morris y su banda de criminales se encuentra en las antípodas del desprecio que me produce Jean Valjean.

Jean Valjean para mí siempre fue un pelotudo.

Jean Valjean es un pelotudo. Lo único que le faltaba era meterse algo en el culo como Papillón.

Jean Valjean es el más grande de los pelotudos, por comerse diecinueve años de encierro por robar un pan. Esto es lo que pensaba hasta aprender que hay una pulsión más poderosa que el hambre para conducir a una persona a tomar una decisión que termine llevándola al confinamiento: el propio ego.

Si al pobre de Valjean le bastó con afanarse una hogaza de pan para recibir su condena, a mí me alcanzó con mucho menos para recibir la mía: querer jugarla de profesional prominente en la industria de la publicidad. Que vale la pena mencionar, en términos literales no parece haberme sentenciado a una condena tan dura ni extensa (al menos por tiempo transcurrido a la fecha), pero quién puede considerarse árbitro justo de sufrimientos, especialmente cuando de los propios se trata. Si acaso llego a juntar una

cantidad de escritos suficientes como para compilarlos en un libro de cuentos, éste sin duda encabezará una sección titulada “*White people problems*” o “Problemas de burgués”. Aún no me decido.

Es injusto comparar trabajo esclavo en un astillero del siglo diecinueve en Francia con trabajo rentado en una agencia de publicidad del siglo veintiuno en Argentina. Cuando veo que en los cuatro meses y medio que llevo trabajando en la filial local de *La Gran O*, el coloso de la publicidad mundial, gané al menos unos doce kilos de peso y perdí otros tantos de alegría, pienso que no me vendría mal una temporada de fajina naval forzada como para recuperar algo de estado físico y levantar la moral. Lo haría cantando. Algunos de ustedes, en especial aquellos ajenos al rubro, pero que vieron las siete temporadas de *Mad Men*, imaginarán que mi desparpajo de excesos digno de un Nerón contemporáneo es fruto del descontrol normal que pasa en las orgías y eventos llenos de *glamour*. De una sucesión de viajes internacionales, entregas de premios y festejos desenfrenados, menguados por esa incapacidad para manejar el éxito tan propia de los ídolos, que a menudo los lleva a la ruina. Otros, colegas y amigos de la profesión (especialmente aquellos que me advirtieron de NO volver a pisar una agencia de publicidad nunca jamás), sabrán que es solo ambiente tóxico de cabotaje en estado de pureza, suficiente para transformarle a uno hasta la tarea más simple en una labor desagradable y romperle el balance de vida. Las opciones se limitan a dos. Una, acostumbrarse. Adecuarse, pastillas o no mediante, hasta empezar a disfrutarlo. Ser parte de eso y hacer miserables a otros, como a Valjean. O fugarse. Lo que hizo Clint Eastwood y lo que voy a hacer yo.

Comentá sobre este relato en el sitio ([enlace](#))

Un billete con la cara de Ardiles

Yo rogaba que fuera mentira eso que me había contado mi abuelo: que los argentinos declaramos la guerra a Alemania cuando ya estaba a punto de ser derrotada y que nunca entramos en combate. Mi desilusión infantil era realmente aguda, incluso antes de saber detalles aún más desalentadores que me fue revelando en adelante, como que en efecto aquí gran parte de la población simpatizaba con el *Eje* hasta que el rumbo de la guerra se le tornó en contra. Que no fue una toma de partido comprometida y temeraria, como la de Brasil, que estando a miles de kilómetros de cualquier frente, eligió ir a combatir el fascismo por aire y tierra en Italia, sino todo lo contrario: una viveza criolla de último momento, vía telegrama, oportunista, acomodaticia y ventajera. Que fuimos repudiados y hasta ridiculizados en la ficción por dar refugio a criminales nazis una vez terminado el conflicto. Yo no estaba aún en edad de entender la gravedad de todos estos hechos vernáculos vergonzosos que el *nono* iba desgranando muy de a poco en su relato. Él sabía bien que con cada nuevo dato mi cara se desdibujaba como al enterarme de la verdad sobre los Reyes Magos. Sin embargo, jamás intentó darme consuelo relativizando el contexto de la época o mediante la mención de compatriotas aislados que contribuyeron con el esfuerzo aliado. Ni que hubiese servido para algo. En mi mente pueril, ya era más que suficiente para sentirme afligido con que Argentina no hubiera peleado del lado de los buenos.

Mi otro acercamiento a la *Segunda Guerra Mundial*, un tema histórico que hasta hoy me apasiona, había sido - como a tantas cosas - a través del cine. Sin recordar en qué orden específico, algunos de los primeros títulos

que vi fueron por *Canal 11* en *Sábados de Súper Acción*.² Una selección de clásicos del género bélico de los años cincuenta, sesenta y setenta. Entre ellos, *Los Doce del Patíbulo*, *Un Puente Demasiado Lejos*, *El Puente sobre el Río Kwai*, *El Botín de los Valientes*, *Tora! Tora! Tora!*, *Los Cañones de Navarone*, *Patton*, *El Gran Escape* y *El Día más Largo del Siglo*. Filmes llenos de acción, que contrastan con las piezas actuales que describen ese período, por lo general más oscuras y lentas, pero también mucho más brutales respecto de la miseria humana y los horrores de la guerra. No fueron estas últimas, las más crudas y contemporáneas, sino aquellas cintas de tinte heroico de la posguerra las que crearon fascinación en mí. Deslumbramiento por la belleza, en particular de aquellos tanques y aviones, cada uno con improntas inconfundibles, que hacen parecer a la maquinaria bélica moderna modelos genéricos de electrodomésticos chinos, imposibles de diferenciarse unos de otros. Centenares de rollos de celuloide que capturaron con precisión la temperatura de color de una variedad de climas y paisajes, con campos de batalla que se trasladan en minutos de lo urbano a lo recóndito y exótico. Un muestrario completo de decorados naturales en los que se enfrentan ejércitos comandados por generales sumidos en duelos privados, enemigos acérrimos que se profesan odio y admiración mutua. Efectos especiales de verosimilitud absoluta, anteriores a los atajos de plástico del CGI, que honraron el arte del engaño en su máxima expresión. El del genio de científicos y magos reclutados para hacer aparecer y desaparecer cuerpos de espías, teletransportar objetivos militares mediante ilusiones lumínicas y simular el movimiento de batallones de utilería. Artimañas vistosas y sofisticadas para desorientar al rival, que serían totalmente inservibles con las comunicaciones actuales. Y así podría seguir y seguir regodeándome en páginas de curiosidades, que todas resultarían accesorias ante el componente esencial de aquellos guiones: villanos malísimos, con un sistema de diseño perfecto del mal, desde su simbología, banderas y uniformes, con una organización de despliegue coreográfico, misticismo perverso y tecnología futurista. Enhorabuena, vencidos por hombres comunes, llamados a las armas cualquier domingo a la mañana para salvar al mundo de la dominación total. Héroes de una gesta real que, aumentada y estilizada por la lente de

² Ciclo de cine de acción emitido los días sábados a las 14 horas, a partir de 1980, por el Canal 11 de televisión de la Ciudad de Buenos Aires (hoy *Telefé*).

Hollywood, hizo vibrar la imaginación de todos los varoncitos de las generaciones posteriores.

Por esos caprichos de la programación, *Escape a la Victoria*, el film protagonizado por Michael Caine y Sylvester Stallone, fue esquivo a mi *zapping* lento de épocas sin control remoto hasta el día de la final del *Mundial '90*, aquella que perdimos contra Alemania. Según cuentan, alguien que fue echado al día siguiente de *Canal 9* a los gritos por el mismísimo Zar Alejandro Romay,³ decidió pasarla a continuación de la tragedia futbolística, en un intento chapucero de reivindicación nacionalista. Mientras que en el caserío rural se apagaban en simultáneo casi todas las radios y televisores, mi abuelo se levantaba a hacer mate y yo permanecía estático frente a una pantalla que aún iluminaba mis lágrimas. La parálisis por la conmoción de perder un mundial se extendía en continuado ante la sorpresa por una película de guerra que todavía no había visto. La trama era simple pero novedosa. Al relato típico de fuga de campo de prisioneros, se añadía una dimensión absurda: que la huida fuera iniciada durante un partido de fútbol entre un seleccionado del *Tercer Reich* y un rejunte de presos. El encuentro, transmitido en directo por radio, era jugado en la París ocupada, en un estadio repleto de franceses que apoyan a la formación aliada improvisada y alrededor de un centenar de inexpresivos oficiales de la *Wehrmacht*. Un propagandista teutón uniformado, inescrupuloso por naturaleza, hace las veces de comentarista e insiste en destacar el fervor de su parcialidad, desde luego ausente (es hasta el día de hoy que cada vez que juega la poderosa escuadra alemana, imagino que el aliento de su hinchada no son más que grabaciones reproducidas por los altavoces del estadio). El desarrollo es previsible. Los arios, lungos y atléticos, dominan el juego con complicidad del árbitro y maniobras sucias. Así, terminan la primera etapa ganando cuatro a uno. El escape está planeado para el descanso, pero el orgullo deportivo hace retornar al césped al *team* de los cautivos. Desde el arranque del segundo tiempo, con tenacidad e intrepidez, los prisioneros comienzan a inclinar el juego a su favor. El combinado del mundo libre se florea a puro lujo en una demostración de fútbol champán. Para ese momento, yo ya estaba - al igual que hora y media atrás durante la final de Italia - con los ojos casi pegados al televisor, los codos clavados en las rodillas y los dos

³ Alejandro Argentino Saúl, alias Alejandro Romay (1927-2015). Conocido como el “zar de la televisión argentina”, fue un notorio empresario de espectáculos y director del Canal 9 de TV de Buenos Aires.

puños cerrados apretados contra la pera. De repente, una secuencia clave, remarcada en cámara lenta. El ocho aliado desborda por el andarivel derecho y tira una *bicicleta* con la que deja parado al lateral alemán. Una jugada particular y a la vez perturbadora, ya que aumentaba mis sospechas sobre algo que me pareció notar en varias escenas previas al *match*. Descartado antes por improbable, bajo el amparo de la evidencia ya no me pude contener más con el abuelo.

— ¡Nono, mire! ¿Ese que tiró la bicicleta no es el que está en el billete de un peso?

— No, *mijo*... es el hijo Osvaldo.⁴ Lo llamaron para la película por el parecido con el padre —dijo, sin importancia, como quien ve pasar una mosca.

— ¿Y qué tiene que ver el padre con la película?

— Es el Coronel Ardiles, el que liberó París de los nazis. Por eso está en el billete. Ahora va a ver, y no es por arruinarle el final, que el público francés se mete en la cancha y los jugadores se rajan en medio del quilombo...

Sé que para ustedes esto es una obviedad del nivel de que San Martín cruzó Los Andes. Pero créanme que yo quedé pasmado ante la confesión de mi abuelo, que hasta entonces no me había mentido, sino que la demencia senil lo hacía desvariar e inventar fabulaciones, como la de la reprochable actitud nacional durante y después de la guerra. Bastó con un solo raptó de lucidez de su parte, para que un sinfín de revelaciones se comenzara a desplegar ante mis ojos. Lo que a todos les enseñan en sus casas o, más tarde que temprano, aprenden como parte de la currícula del último año de la escuela primaria,⁵ yo lo supe - una vez más - gracias al cine.

A partir de ese instante y con entusiasmo juvenil, me obsesionaría en conocer todos los detalles acerca de cómo nuestro querido *libérateur* Ardiles fue acogido por *la résistance* hasta después del desembarco, para luego reagruparse con la fuerza expedicionaria argentina en las afueras de París y encabezar la entrada triunfal aliada. Como contracara amarga, el alivio de descubrir que la *albiceleste* había ondeado victoriosa, primero en París y luego sobre Berlín, se vio opacado en mí por la tristeza de admitirlo al *nono*

⁴ Osvaldo César Ardiles (Córdoba, 3 de agosto de 1952). Jugador de fútbol y entrenador argentino con paso destacado por Instituto de Córdoba, Huracán (Argentina) y Tottenham Hotspur (Inglaterra), entre otros. Campeón de la Copa Mundial de Fútbol Argentina '78.

⁵ Manual del Alumno Bonaerense, Séptimo Grado (1989). *La epopeya argentina en el teatro europeo de operaciones durante la Segunda Guerra Mundial* (pp. 157-184) (6a. ed.). Ciudad de Buenos Aires: Editorial Kapelusz.

enfermo. Por saberlo tan desconectado de la realidad durante su última década de vida, como para enseñarle a lo largo de los años a su único nieto una versión descabellada y retorcida de la historia. A pesar de ello, por haberme criado solo y convaleciente, lejos de todas las comodidades de la ciudad, nunca dejé de serle indulgente y agradecido.

Hoy se anuncia el estreno de una *remake* de *Escape a la Victoria* con Dwayne Johnson “The Rock” en el papel otrora de Michael Caine. Nuestro coterráneo Juan Minujín hará del Coronel Ardiles, elegido para la ocasión por su parecido físico sorprendente con el prócer. Recién concluida la *Copa del Mundo* con triunfo nacional, a esta nueva versión le auguran un éxito de taquilla superior al de la película original. Por eso, como suele suceder con otras producciones importantes, la *avant premiere* será en el *Chinese Theater* de Hollywood, en Los Ángeles. Me pregunto si en Estados Unidos, donde todos llevan un billete de un peso en la billetera porque dicen que les trae suerte, entenderán la emoción que sentimos los argentinos al recordar la primera de tantas veces que, con fútbol, salvamos al mundo.

Comentá sobre este relato en el sitio ([enlace](#))

Los ases del ping-pong

Por un período de dos o tres años durante mi preadolescencia quise destacar como jugador de *ping-pong*. Lo consideraba un tema serio, vocacional, aún sin llamarlo tenis de mesa, su denominación correcta. Jugaba sin técnica, pero con constancia y pasión. A un par de océanos de distancia del seleccionado juvenil chino y sus *joggings* rojos impecables, mi *dream team en ojotas* estaba formado junto a mis amigos de la infancia, Tito, Lóscar y Tomás. Por lo general, nuestros torneos sucedían después del horario de la merienda. El ranking, que llevábamos anotado rigurosamente en una pizarra, lo dominábamos Tito y yo. En aquel momento, pensábamos que nosotros dos hacíamos la diferencia por haber inventado y cultivado un modo original de jugar al que bautizamos *estilo turco*. Éste estaba inspirado en las gesticulaciones exageradas de medio oriente que, recreadas en la manipulación de una paleta, además de resultar irritantes a la vista, imprimían a los tiros efectos curvos imprevisibles para el rival. La verdad acerca de nuestra superioridad es que Tito era el único de los cuatro con espacio en la casa para una mesa de *ping-pong*, por lo que naturalmente tenía más horas de práctica. Y que yo era, por lejos, el que más tiempo compartía con él.

Recién iniciaba nuestro primer año del secundario. Sería marzo o abril, a lo sumo. Durante una clase de gimnasia, el *profe* nos arengó acerca de unos juegos intercolegiales de los que iría a participar la escuela. Un torneo en el que cada camada de chicos competiría contra otros de la misma edad, pero de otros institutos. En los deportes colectivos más populares, como el fútbol, la

formación del representativo de *primero* era indiscutida, basada en el talento demostrado por los mejores recreo tras recreo. Distinto era el caso de otros deportes individuales o en dupla, como ser el tenis de mesa, que requerían de una clasificación interna previa para decidir quienes iban a defender el honor del colegio frente a otras instituciones. Entusiasmados, desde nuestra barra *pingponera* propusimos la casa de Tito como sede de la eliminatoria. Sin otra alternativa que se le opusiera, el ofrecimiento fue aceptado de inmediato por el maestro de educación física. Seguros de nuestra destreza (y de poder sacarle una ventaja deportiva a la localía), la semana siguiente entrenamos a turno completo después de clases. Además, aprovechando que Tito era hijo de un exgolfista profesional devenido en comerciante de productos deportivos, renovamos “al costo” nuestras paletas para la ocasión, reemplazándolas por unas importadas más sofisticadas, de esas con varias capas.

Los representantes de la escuela que surgirían después de la eliminatoria serían tres en total, una pareja de dobles y un singlista. Lo que implicaba que uno de nosotros cuatro quedaría afuera, aún en el mejor de los casos. Reconozco con pudor que mientras practicábamos, yo ensayaba mentalmente los gestos de solidaridad que tendría con mi amigo o amigos que no clasificasen, convencido de mi destino de gloria *pingponil*.

De más está decir que el clasificatorio resultó un desastre total. Un *Pearl Harbor* del tenis de mesa estudiantil. Los otros competidores, alrededor de diez chicos de nuestro mismo curso y de las otras divisiones de primer año, nos dieron palizas sucesivas, en mi caso incluso con algunos *games* en los que no pude siquiera abrir el marcador. Tito fue el único de los cuatro que logró ganar un partido, lo que desde luego tampoco le alcanzó para ser parte del equipo escolar.

Esta semana, treinta y cinco años después de aquel día que permanecerá en la infamia, por primera vez fui echado de un trabajo. Las variadas *recriminaciones falopa* que recibí durante el acto de despido omitieron por cierto el verdadero desencadenante de mi eyección de ese pequeño infierno publicitario palermitano que es *La Gran O Argentina*. Dos semanas atrás, en una reunión de gerencias, el departamento de Recursos Humanos presentó los resultados de una encuesta de auditoría global para medir el nivel de satisfacción de los empleados. El estudio tenía dos ejes. El

primero, inclusividad. Bravo ahí, calificación promedio. Si bien es una filial de la agencia bastante machista, sin una sola directora creativa en su *staff*, nadie es discriminado por raza, religión u orientación sexual. El segundo, salud mental. Resultados paupérrimos, en los que solo un porcentaje ínfimo de los empleados considera que la empresa se preocupa por su bienestar emocional y mental (el mismo que además, agrego, hace esfuerzos por destruir). Compartidas las conclusiones, el *CEO* pidió sugerencias de cómo solucionar el problema, empezando él con la primera: organizar torneos de *ping-pong*. Intentando dejar de lado mi aflicción por aquella lejana derrota deportiva, me atreví a emitir una opinión. Una zoncera medio naif, que a oídos ajenos sonó subversiva: respetar las condiciones de trabajo a los empleados, para que al final del día les queden ganas de jugar al *ping-pong*, al metegol, al *truco* o a lo que sea. La reacción inmediata fue ganarme el repudio de todos sus esbirros, cómplices responsables de los resultados patéticos del sondeo, que desde luego estaban en la sala. Y el silencio vergonzoso de otros, a los que no juzgo, ya que son víctimas. O bien porque manejan la política en las empresas de una forma distinta a la mía, claramente más efectiva.

Ojalá siguiera ahí solo para jugarles, paleta en mano y mano a mano, la ética laboral en un partido de *ping-pong*.

Comentá sobre este relato en el sitio ([enlace](#))

El sindicato único de hijos únicos

Hay dos condiciones principales que definen al hijo único y ninguna de ellas es la de no tener hermanos. Se trata de la obligación de notoriedad y la propensión al aburrimiento.

Es normal que el hijo único crea que tiene que sí o sí destacar en algo para ganar su condición de “ser”. Una meta difícil de lograr, ya que siendo bueno o aún muy bueno en alguna actividad, la trascendencia en términos de relevancia pública es algo reservado para un grupo minúsculo de privilegiados. Esta ambición suele comenzar a edad temprana, a poco de que el niño empieza a relacionarse con otros por fuera de su núcleo familiar. De repente, descubre que no es el foco exclusivo del interés de quienes lo rodean, a la vez de que deja de ser festejado por cualquier cosa, es decir, de ser admirado sin mérito. Tras el choque con la realidad, padecerá una sensación profunda de desengaño que lo marcará para siempre y lo introducirá en una carrera desenfrenada. Primero, por probarse a sí mismo su valía. Luego, por convencer a otros de ésta. Aún sin que nadie se lo exija, intentará demostrar a toda costa a la sociedad – pero especialmente a sus propios padres – que es digno de recibir aplausos y que estos son merecidos. Así, tentará suerte de forma sucesiva en distintas disciplinas hasta encontrar aquella que le dé las mayores chances de éxito y exposición. Nada lo desviará de su destino de megalómano. Insistirá, aunque a lo largo de su camino de insensatez sea advertido de que la notoriedad suele ser inconveniente para la felicidad, innecesaria para un buen pasar económico e inútil para la salud. Por ende, prescindible.

El aburrimiento es inherente y excluyente de quienes son criados en soledad. Basta con figurar cualquier situación hogareña cotidiana para entender que el infante solitario paga su tranquilidad con tedio. Por el contrario, las relaciones fraternales hacen imposible el sopor, ya sea durante el trato cordial o la pelea. Aquellas situaciones que los grupos de hermanos pueden considerar a priori alentadoras, como unas vacaciones familiares, son hastío garantizado para el niño que depende de sus padres para la diversión. En esos casos, se esperará que si el chico es bien educado se entretenga solo, con cosas de adultos o que satisfaga sus necesidades de socialización durante un encuentro circunstancial breve con otros coetáneos. Niños en su mayoría con hermanos y sin tiempo ni interés de saciar su escasez de compañía. Esto convertirá al desdichado en un ermitaño juvenil o en alguien percibido por sus pares como un pesado cargoso, lo que en cualquiera de los dos casos conduce a la introspección y, en consecuencia, otra vez al aburrimiento.

Como algunos ya saben (y otros se imaginan a esta altura del relato), yo soy hijo único. Aceptaría los cuestionamientos de quienes comparten esta condición conmigo, por haber revelado al resto nuestros vicios y debilidades. Sin embargo, no les pido disculpas. Por el contrario, amparado en el mérito de ser alguien que ha perseguido la celebridad y fracasado en todas las artes, ostentando la virtud de quien se ha enamorado y sufrido de amor mil veces más de aburrido que de otra cosa, aprovecho en este mismo acto para fundar y a la vez proclamarme secretario general del *Sindicato Único de Hijos Únicos*, SUDHU. Los convoco, camaradas del cuarto propio. Vengo para transformar la compañía solitaria que nos devuelve el espejo en un reflejo colectivo de todos nosotros. Como hijo único y padre de una hija única pero por siempre hermanado con cada uno de ustedes, me comprometo a representarnos sin ninguna otra motivación más que la de derribar los prejuicios sociales y culturales ⁶ que recaen sobre los de nuestra clase.

⁶ Una pesquisa sociológica de la *Goethe-Universität* de Frankfurt del año 2018, indicó que el 83% de sus alumnos afirmaba saber que Adolfo Hitler era hijo único, mientras que la respuesta correcta, “era el cuarto de seis hermanos”, fue acertada por tan solo un 5% de la muestra. El análisis de los resultados reveló que la mayoría infirió de modo erróneo la conformación familiar del tirano por su pasado como pintor frustrado y por su invasión de Polonia durante un rapto de aburrimiento. De este modo, el estudio validó la asociación de los jóvenes alemanes entre hijo único e hijo de puta.

“Los hijos únicos no tienen competencia.”

Falso. La comparación siempre existirá y además idealizada, ya sea con algún primo, vecinito o hijo de otra pareja, que sin excepción será más estudioso, más educado o más de lo que venga al caso. Como cualquier divinidad, será de virtud inalcanzable y omnipresente, justamente gracias a su ausencia. Por eso, el hijo único nunca podrá tener a mano al palurdito ejemplar para intentar demostrar lo contrario o hacerle una maldad instantánea. Esto se mantendrá aún después de abandonado el nido parental en cada encuentro familiar o llamado telefónico, ahora en formato de boletín informativo periódico sobre los logros adultos del otrora niño modelo.

“Los hijos únicos tienen toda la atención de sus padres.”

Falso. En caso de prescindir de más hijos, el progenitor masculino distribuirá su atención entre mascotas, herramientas y vehículos. Todas entidades no humanas aptas para ser bautizadas ya sea con nombres cristianos o de fantasía, tan o más queribles que su propio retoño. Si acaso la madre decidiera centralizar toda su atención en el niño, se lo recriminará en voz alta de por vida, comenzando desde antes de que el infante tenga uso de razón o capacidad de entender palabras.

“Los hijos únicos son todos unos mimados.”

Falso. Padre y madre no tendrán que elegir a la hora de volcar su frustración adulta. A diferencia de quienes tienen hermanos, que reciben solo una porción de la torta de ira parental, el hijo único se asegurará en todos los casos un empacho de tortazos.

“Los hijos únicos la tienen fácil ya que heredan todo para ellos.”

Falso. No existe posibilidad alguna de que un hijo único tenga una relación financiera sana con sus padres. Además, como depositario exclusivo de su legado, correrá el riesgo de incumplir de modo sucesivo todas las expectativas de sus progenitores en cualquier rubro. Esto lo convertirá en un deudor crónico, con todo su crédito agotado a poco de ingresar a la edad

adulta. Salvo excepciones, vivirá en conflicto familiar y, por ende, llegará desheredado al momento supuesto de recibir la fortuna.

“Los hijos únicos son caprichosos y egocéntricos.”

Falso. Si bien todo lo que hace el hijo único es en beneficio propio, posee el don justo de saber que si es bueno para él, es mejor para todos. Comprobación fehaciente de ello, es la *Política de Hijos Únicos* puesta en práctica entre 1979 y 2015 por la República Popular China. Lejos de un control de natalidad, se trató de un plan del comunismo cuyo objetivo principal era elevar el nivel de conciencia colectiva y consideración por el prójimo de su población. Hoy, con China transformada en potencia mundial, se demuestra lo acertado de la medida del gobierno oriental socialista, que nunca puso en riesgo su eficiencia productiva ante la que se supondría una multitud de vagos narcisistas consentidos.

La verdad se resume en que si a veces los hijos únicos somos medio pelotudos es porque siempre, aún acompañados y en cualquier etapa de la vida, nos sentimos un poco solos. Esto no impide que de nuestras filas hayan surgido grandes exponentes como John Lennon, Leonardo Da Vinci o Di Caprio, Eleanor y Franklin Delano Roosevelt, Annie Lennox, Burt Bacharach, Mahatma Gandhi, Elvis Presley, San Juan Bautista, Elton John, Natalie Portman, Robin Williams, Cole Porter, Frank Sinatra, Adele, Jean-Paul Sartre e Isaac Newton, entre otros. Y el más importante de todos, por supuesto, yo.

Comentá sobre este relato en el sitio ([enlace](#))

Ser gordos hoy (y mañana también)

—La gente es muy puta con los gordos. Si te comés una porción de pizza de más, te dicen: «Dale gordo, aflojá... ¿No ves que te hace mal?» Pero si no la agarrás es mucho peor. Entonces pasa a ser: «Dale gordo, comete otra... ¿Justo hoy venís a empezar la dieta?»

Yo limpiaba con pan el tuco del fondo del plato mientras lo escuchaba monologar a Marito, mi compadre. Por supuesto, todo esto fue previo a que él decida cortar por lo sano, una expresión bastante literal si nos referimos al hacerse un *bypass* gástrico. Antes de que adelgace y empiece a aburrirme con lecciones de alimentación saludable, nuestras comidas juntos eran mitines de militancia obesa. Se comía mientras se hablaba de comer.

—Te digo más, la gente es re puta —le retruqué con la boca todavía llena—. Yo en 2009 había bajado de peso un montón. En un evento, me cruzo con un cliente y lo primero que me pregunta es si estoy bien o estoy enfermo. El tipo asumió que si sos gordo, la única forma de que estés flaco es que te agarres un cáncer. La gente es muy puta con el gordo hasta cuando ya no es gordo.

—¿Pedimos el postre? —me interrumpió, como corresponde, sin cambiar de tema.

—Flan mixto —afirmé.

Ambos tuvimos la suerte de ser gordos sin apodo de gordo. Y de tampoco ser llamados “el gordo”. Por lo visto, siempre había alguien más rechoncho a nuestro alrededor que nos libraba del mote. En el colegio, a él le

decían *Sincuello* por tener el pescuezo corto, una condición más distintiva que la gordura. A mí, durante los últimos años del bachillerato, *Búfalo*. Si bien el alias era en honor a un animalejo bastante voluminoso, la comparación me resultaba conveniente. Sabiendo de todos los sobrenombres que puede ligar un gordito adolescente, el de búfalo era casi un título nobiliario. Ser presentado a una chica como el *Búfalo* Estevarena me concedía un halo de fuerza y virilidad al que intentaba sacarle provecho. En cualquier caso, era mejor que empezar la charla después de haber sido introducido como el *Chancho* o el *Foca*.

Los ochentas, cuando nos tocó crecer a Mario y a mí, seguían siendo una época genial para ser un hombre blanco adulto. E igual que siempre, un tiempo pésimo para ser un *rellenito* en edad de secundario. En décadas anteriores, el estudiante seboso *boomer* sabía que no cogía, pero que una vez entrado en la edad adulta se cobraba todo junto el rechazo del género femenino a puro machismo holgazán. Sin compensación alguna, los obesos juveniles vírgenes de la *generación equis* y *millenials* estamos siendo cogidos hoy por una multiplicidad de tareas domésticas y parentales propias de nuestros esfuerzos de deconstrucción. El balance retornará, felizmente y a su tiempo, para aquellos *centennials* y *pandemials* gordinflones adolescentes. Como parte de una sociedad evolucionada y ya no juzgados por sus cuerpos, seguirán sin ponerla, pero no les importará.

La realidad es que la carencia de coito para el joven gordo es un flagelo transgeneracional, con un solo remedio: volverse jugador de rugby. Repito, el único remedio. Porque todos saben que la labia y la billetera nunca equilibran la balanza si del otro lado lo que hay son kilos en masa. Que no existe gracia suficiente contra la abundancia de grasa; que ni a las gordas les gustan los gordos piolas, cancheros o con plata; que los aceptarían, tal vez de grandes, ya resignadas, pero que no los tocarían ni con un palo, mientras aún mozas sueñen con esperanza en volverse flacas. En el mientras tanto, siempre preferirían a un feo, a un reo o incluso a un reo feo, pero nunca a un grueso con sobrepeso para el amor o para el sexo. Por eso, terminemos con esa falacia de que con tener guita y letra alcanza, que lo único que logra es consumir la pubertad de los gordos en desconsuelo y, en el mejor de los casos, convertirlos en buenos oradores, millonarios precoces o *standuperos*. Pero aún si jóvenes prestigiosos, atiborrados de azúcares, harinas y celos.

Es así que al *teenager* mantecoso le quedará esperar a la adultez, adelgazar, o volverse *segunda línea* o *pilar* si no quiere debutar pagando. Esto último, algo que no es una alternativa moral y que no haría ninguna persona de bien (desde luego, me refiero a lo de ser *rugbier*). Limitadas las opciones a ponerse *fit* o esperar la madurez, posiblemente el regordete alcance los treinta tras varios regímenes, programas de ejercicio y tratamientos fallidos para perder peso, decantando así en el que parece el único destino inevitable y feliz de la mayoría de los hombres redondos. Haber arribado a esa edad mágica y llena de oportunidades en que las mujeres de su misma generación, bellas y feas por igual, sienten que se van a quedar solas para toda la vida y se aferran al primer mamarracho que se les cruza. Es entonces que, por primera vez, el gordo podrá elegir y disfrutar del amor, igual que como elige y disfruta un postre.

Comentá sobre este relato en el sitio ([enlace](#))

Un polaco, un ruso y un turco entran en una iglesia

Soy de Platense. En mi garaje tengo un altarcito con una foto del *Ruso* Claudio Spontón. Sale parándole la oreja a una *Bombonera* muda luego de haber sellado, con un *sombrero* majestuoso, el histórico 4 a 0 de visitante a Boca del *Torneo Clausura '98*. Es una imagen tan potente como aquella en la que un hombre se para delante de un tanque en la plaza de Tiananmen. Ambas retratan por igual valentía, intrepidez, heroísmo y rebeldía frente al poder. A cada costado del *Ruso* hay portarretratos más pequeños. A la derecha, uno con el *Turco* Mauricio Hanuch, autor de los dos primeros goles de ese mismo partido contra los *bosteros*. En la foto festeja como un avioncito después de abrir el marcador, con una sonrisa ancha que se esparce hasta por fuera del marco. A la izquierda, el *Polaco* Roberto Goyeneche. En el último de los tres cuadritos, el gran cantor de tango e hincha reconocido del *Calamar*, posa enfundado en una camiseta blanca apretada de mangas largas, con la franja marrón alta y angosta. El *Turco* y el *Polaco*, ambos de vidas truncadas tempranamente, nos cuidan desde el cielo. Al *Ruso*, a Platense y a mí.

La disposición del altar recuerda a la escena cristiana de la crucifixión. Al momento cúlmine de la *Pasión*, pero en una versión *pop barrial* menos sangrienta de sincretismo futbolero. Cada vez que entro de la calle poso mi mano sobre éste antes de seguir para la cocina. En la previa de cada partido visitante, peregrino desde la habitación al garaje cantando bajito la *Marcha de Platense*. Me reclino, prendo una vela a los pies de cada uno de los tres ídolos

y pido por la victoria del equipo. Una vez terminado el encuentro, apago en simultáneo la radio y las velas, agradeciendo por ser de Platense y no de otro club, no importa cuál fuera el resultado.

Mi fe futbolística es la del converso. Crecí en una familia hincha de Boca de esas que nunca pisaron una cancha ni de las que se puede rastrear el origen de su afinidad con el club. Con el tiempo aprendería a despreciar ese orgullo de pertenencia perezoso, impersonal y convenido que habilita al *bosterío* a pedantear mientras desconoce todos sus privilegios. Lo aprendí a mis dieciocho, un domingo en que de aburrido fui solo a ver a Platense, por entonces para mí “el club del barrio”. No me hizo falta más que subir los primeros cinco tablones de la vieja tribuna cabecera sobre la avenida General Paz, para saber que el fútbol es todo lo contrario al exitismo fácil. Si acaso debía abrazar con fanatismo irracional la defensa de unos colores, nunca más serían los de un tirano colorinche con disfraz de popular. Siempre es mejor redimirse que no hacerlo por pensar que ya es tarde.

Tras mi bautismo inicié una misión evangelizadora. Pero por caminos muy diferentes a los que predicán por otros clubes, en especial por aquellos como Boca, River y los otros denominados *grandes*, a quienes les importa ser cantidad. Porque Platense no nos pide ser muchos, sino los mejores, los más puros de corazón. Por eso, no tuve dificultad para convertir a mi viejo, Juan Carlos. Para luego poder decirle con orgullo a mi hija, Milagros: “vos sos de Platense, como tu abuelo y como tu papá”. Nunca ejercí el mínimo esfuerzo por ungir de blanco y marrón a quien no fuera justo. Ni al idiota ni al *garca* le cuento siquiera que soy de Platense, que se lo pierda, que no sepa eso de mí.

Con respeto ecuménico observo al hincha de Ferro, al de Lanús, al de Huracán, al de Atlanta - incluso al de Chacarita o al del *Bicho* - que lleva el babero con sus colores al hospital donde nace su sobrino, sabiéndose derrotado de antemano ante el sinfín de estímulos coercitivos efímeros que el niño recibirá en adelante para ser un *bostero* o *gallina* más. Con honestidad total, le deseo a todos esos tíos hinchas de otros equipos *chicos* que hagan al sobrino de su bando, aún a costa de saber que en unos años habrá uno más en la tribuna de enfrente gritándonos a mi viejo, a mi hija y a mí que somos *tirapiedras*, que somos *los putos de Saavedra*. Porque lo que sabrá ese pibe mientras canta y nos putea, es que los misterios de la fe que nos mueve a los *calamares* son similares a los de la suya. Que si lo hubieran hecho de River o

de Boca, nunca entendería cómo se puede querer ser hincha sin al menos un campeonato al año para festejar. Que negaría por siempre que los árbitros le inclinan la cancha a su favor. Que se masturbaría mirando tablas históricas de títulos por Internet y se la mediría con los otros por los centímetros de tapa que les dan a sus equipos en los diarios. Y que esa versión distópica y horrible de sí mismo no dudaría en decirle a su tío y a él que no existen, que no son nadie. Por eso, ese pibe nunca elegiría ser otro que el que es hoy. Como yo elijo ser de Platense.

Cada uno sabe a qué altar rezarle y en qué tribuna pararse. Y yo sé cuáles son mis dos. Mi altar y mi tribuna son de Platense. Porque los *calamares* salimos a la cancha con la fe de un polaco, un ruso y un turco entrando a una iglesia con toda una procesión detrás.

Comentá sobre este relato en el sitio ([enlace](#))

Te concedo la presbicia

“¿Acaso el tiempo no debe pasar? Al ver que sí, verás mal. A los cuarenta o un poco más, la vista del necio y del justo se ha de nublar.” Algo así, con rima y todo pero en inglés, era lo que decía la tarjetita que me entregó Zoltar a cambio de un dólar. La noche de Halloween de 2017, habiendo yo ya cumplido cuarenta y tres, tuve que pedirle a Victoria que me sostenga de lejos la premonición impresa del mago mecánico para poder leerla. La presbicia me había sorprendido, de modo curioso, en el mejor momento de mi vida. Estaba enamorado y de vacaciones en la capital mundial de la juerga. Pero ahora además chicato.

Como casi todos los de mi generación yo sabía de Zoltar por *Quisiera ser Grande*, el éxito de taquilla de los ochentas. Una comedia de enredos, en la que un autómatas de un parque de diversiones le concede un deseo a un niño que quiere ser mayor: el de convertirse en un Tom Hanks adulto joven. Jamás sospeché que me lo encontraría fuera de la pantalla, ni en circunstancias tan particulares.

Yo no tenía idea de que esos artefactos de feria existiesen en realidad. Es al día de hoy que ignoro si fue una creación hecha para el film de la que luego se empezaron a construir réplicas, o ya era con anterioridad un artilugio popular de kermés. Tal vez acaso había solo un Zoltar en el mundo, el único y original, el de la película, que como tantas otras estrellas de Hollywood en declive había terminado como *entertainer* mediocre en la *ciudad del pecado*. En este caso además al borde de la ruina, dando un espectáculo callejero en una galería abierta del *strip*. Un lugar, que de no ser por el destello multicolor de los carteles *LED* enormes al otro lado del

bulevar, bien podría confundirse con el paseo de compras de cualquier terminal de ómnibus del conurbano bonaerense. Ahí estaba Zoltar, apartado en un rincón e ignorado por la marea de turistas, excepto por dos. Dos que nos lo habíamos topado caminando borrachos esa noche. Por magia y de casualidad.

Lo cierto es que, sin importar su origen, ese busto a escala real de adivinador con turbante estaba bien encerrado en una caja de vidrio. Por hijo de puta. Porque es de falluto responder a un pedido sentimental con una maldición. Y más al de un hombre embriagado de amor y daiquiris fluorescentes. No está bien sentenciar a quien le pide conservar un instante romántico por siempre, incapacitándolo por el mismo plazo de ver de cerca sin lentes.

—Pedilo vos el deseo —insistió Victoria, mientras apoyaba la cerveza sobre Zoltar.

—¿Te parece? —me atajé, por las dudas—. Mirá que una vez que lo pida no te vas a poder arrepentir.

—Segura. ¿Qué podría pasar?

Nada pasó. Como nos auguraba en su tarjeta, el tiempo no se detendría para Victoria, para mí ni para nadie. Con una salvedad. Las agujas de mi reloj seguían girando ahí en mi muñeca izquierda, pero ahora tan borrosas como un par de tetas por TV durante el horario de protección al menor. Zoltar se había asegurado de que se cumpliera su presagio en ese mismo instante.

No se conseguía un *souvenir* de esa crueldad que pudiera comprarse por un dólar. Al menos, ninguno que revele una verdad milenaria tan contundente: que si no es posible esquivar a un rival débil como la presbicia, menos lo sería algún día eludir a uno poderoso como la *Parca*. Sin embargo, si es que el brujo mecanizado me pretendía llamar a la reflexión, la noche de la celebración de Halloween en Las Vegas no era el momento ni el lugar adecuado. Con lo que Zoltar no podía contar, era con que en ese *Disneylandia* para mayores de dieciocho, lo malo es tan efímero como lo bueno. Que en la *meca* del entretenimiento capitalista, lo valioso es igual de importante que lo banal. No había pasado más de un minuto, que ya estábamos de nuevo a los saltos con Victoria en medio del desfile de monstruos, vasos llenos en mano, camino a las fuentes del *Bellagio*.

Al día siguiente desperté con los ruidos que hacía Victoria en el living de nuestra *suite* en el hotel *Delano*. Desde la habitación y sin mucha claridad por la resaca, la oía ordenar y discutir por teléfono al mismo tiempo. Fue cuestión de despejar mi cabeza de la almohada para darme cuenta de que había dormido con anteojos puestos. Unos que no podían ser míos, con aumento. Me los saqué de inmediato y vi que eran de esos de miope, con cristales anchos como culos de botella, que hacen ver minúsculos los ojos del dueño. Váyase a saber quién me los puso o a quién se los saqué. Los apoyé en la mesa de luz y miré la hora en el teléfono. Pasada la sorpresa de que eran las cuatro de la tarde, noté que otra vez había podido leer perfecto la pantalla, que la veía de nuevo con nitidez total. ¡Haber sabido! Sin lugar a dudas, eran esos anteojos salidos de quién sabe dónde los que me habían distorsionado la visión e impedido descifrar el mensaje de Zoltar. Por ende y muy a mi favor, el designio del mago no había sido más que una broma. Una que cualquier artista le tiraría a un espectador ebrio y con gafas ajenas que le quedan ridículas, esperando la risa y el aplauso del resto de la audiencia.

Salté de la cama y abrí la puerta del cuarto para contarle a Victoria. Fue en ese momento que la encontré arrodillada al lado del *frigobar*, levantando cosas mientras sostenía el teléfono inalámbrico del hotel entre el hombro y la oreja. La escuchaba intentar explicaciones.

—*Excuse me lady, please... I'm truly sorry... I was so silly, picking up all those tiny bottles* —Victoria se justificaba en inglés con la recepcionista, aparentemente.

—¿Qué pasó? —le pregunté riéndome, anticipando el carácter poco serio del incidente.

—Mirá... —me dijo con el dedo, señalando un calco en la puerta de la heladerita.

“IF YOU MOVE OR REMOVE ITEMS, YOU WILL BE CHARGED”

Se trataba de una de esas heladeras de hotel modernas que tienen sensores debajo de cada bebida o *snack*, de forma de cargar a la cuenta de la habitación todos los consumos de modo automático. Por lo visto, después de que volvimos al hotel, yo caí desplomado de inmediato. Pero Victoria, aburrida e insomne, se quedó sentada con las piernas cruzadas en el piso, enfrente de la heladera abierta, jugando con las botellitas cual casa de

muñecas de borrachos. Ahora sobria, después de unas cuantas horas de sueño, se percataba de su despilfarro involuntario y hacía las gestiones vergonzantes necesarias para anular los cargos. Yo me retorció de la risa en el sillón, cuando golpearon la puerta de la *suite*. Pensamos que ya habían mandado a alguien de limpieza para hacer el recuento de alcoholes enanos y así terminar de una vez con lo que hasta hoy llamamos el *Tiny Bottles Affair* o *Sillygate*. Sin embargo, me habían ido a buscar a mí.

En el pasillo nos esperaban dos guardias del hotel. Latinos, gracias a Dios, porque ya teníamos cubierto el cupo diario de conversaciones absurdas en inglés. Los tipos decían que, ante la denuncia de otro huésped, habían revisado las grabaciones de las cámaras de seguridad y que ahí estaba yo, robándome un par de lentes del mostrador de recepción. Que habían venido a que se los devuelva y a por explicaciones. De repente entendí todo. Les pedí disculpas y les dije que, desde ya, los habría tomado por error o por ebrio gracioso. Pero que en cualquiera de los dos casos lamentaba las molestias ocasionadas.

Cuando volví de la habitación con los anteojos, los guardias me agradecieron amables su devolución. Supongo que valoraban mi honestidad y cortesía, algo que no debe ser fácil de encontrar en la horda de turistas, sin importar procedencia. Por eso, se despidieron de buen humor, con una serie de frases hechas conciliadoras del estilo de *que lo que pasa en Vegas queda en Vegas* y deseándonos buen regreso a Argentina. Victoria los saludó y entró rápido a seguir ordenando sus whiskys bebés. Antes de acompañarla, yo quise sacarme una curiosidad de encima, por lo que le hice una pregunta final a los uniformados.

—Muchachos... ¿A qué hora pasó todo esto, más o menos? —les consulté mientras se alejaban hacia el ascensor.

—Según las cámaras fue a las cinco y veintiocho de la mañana. ¿Por qué lo preguntás, che? —devolvió gracioso uno, imitando mi acento porteño.

—Por nada wey, qué anden muy bien.

Nuestro encuentro con Zoltar había sucedido mucho antes del horario del robo de los anteojos que indicaban los guardias. No más allá de la medianoche. Por lo que nunca podría haberlos llevado puestos como para que sean estos los que me impidieran leer la tarjetita. A ojos pelados y al menos por un lapso de tiempo, el hechizo del mago fue lo que me nubló la vista. Lo

que se había consumado era en efecto una maldición, pero que para mi beneficio, a la mañana siguiente ya parecía estar deshecha.

A nuestro regreso a Buenos Aires me di cuenta de que en realidad lo que había ocurrido era un milagro. Aunque el tiempo no se había detenido por siempre para Victoria y para mí en ese instante de amor en Las Vegas Boulevard, también había conseguido algo difícil. Que Zoltar me diera otra oportunidad. Una chance más para evitar a la presbicia. O mejor dicho, lo que terminó siendo una prórroga de casi dos años para retrasarla. Porque cuando en 2019 llené los papeles del *check-in* en otro hotel de Las Vegas, ya tuve que hacerlo con lentes de lectura puestos.

“SHALL TIME EVER STOP?
SHALT THOU SEE, THOU SEE WELL NO MORE.
AT THE AGE OF FORTY OR SO
BOTH THE RIGHTEOUS’ AND THE WICKED’S
SIGHT WILL BEFOG.”

Comentá sobre este relato en el sitio ([enlace](#))

El misterio de las Guayanas

No hay cosa peor que una perturbación ligera. Aquel disconfort pasajero que por su apariencia inofensiva tiene la capacidad de perpetuarse impune en el tiempo. A diferencia de la angustia, que cuando es fuerte puede o no llevar a la acción a quien la padece, la tribulación breve y recurrente sobre un tema trivial siempre es desatendida. Se desestima confundiéndola con una picazón intelectual cuando en realidad es una dolencia crónica. O más. Hasta una enfermedad grave, si se pasa por alto por años. Una que de no recibir tratamiento a tiempo genera un daño irreversible, terminal: el de transformar la curiosidad en obsesión.

Mi sarpullido mental viene y va desde que era un estudiante secundario a fines de los ochentas. Más precisamente desde el tercer año, aquel en que el programa de geografía explicaba América del Sur. Recuerdo a la profesora desenrollando un mapa físico político del continente sobre el pizarrón. Uno sin referencias, de esos que se usan para que los alumnos pasen a dar lección (“mudo” me enteré después que se llama cuando no tiene textos impresos). Comenzó por señalar cada uno de los países limítrofes de Argentina, rodeándola en sentido inverso a las agujas del reloj: Uruguay, Brasil, Paraguay, Bolivia, Chile. Luego continuó por la región andina en orden ascendente: Perú, Ecuador, Colombia. Terminó con Venezuela. Se detuvo y preguntó a la clase quién quería repetirlos. El ejercicio era una pavada casi para cualquiera educado de este lado del Atlántico, excepto tal vez para los *yankees*, quienes por su centralidad geopolítica se permiten confundir todo de México para abajo, a cualquier edad. A los quince, la gran mayoría de los púberes latinoamericanos sabe la ubicación en el mapa del resto de los países

de la región, aunque más no sea por seguir las eliminatorias del Mundial de Fútbol. Por eso Espuela, nuestra *profe* tan punzante como su apellido, no pedía este *pase al frente* más que como un precalentamiento. Como una antesala para lo que luego sería un aprendizaje mucho más arduo de ciudades con sus datos demográficos, economías productivas, ríos, relieves, plegamientos y demás topografías. Aún así, pocos levantaron la mano. Mientras que uno de mis compañeros más aplicados, al que apodábamos el *Doctor*, se levantaba para recitar los nombres en el mapa, yo me dirigí a la maestra como un guarango que se cree piola.

—Oiga señora, le faltaron tres países. Los de al lado de Venezuela.

—Eso no es parte del temario, Estevarena —respondió con fastidio—. Mejor preste atención este año, que ya dudo que pueda aprenderse tan solo lo que es parte del programa...

Hice lo que se debe hacer en esos casos, hacerme el boludo.

El *Doctor* pasó al frente del aula y se lució imprimiendo la tonada y modismos propios de los países al tiempo que los iba nombrando: Uruguay nomás, *vamo' arriba bo*; *O Brasil, cara, você é legal*; y así en sucesivo, con mejor y peor suerte interpretativa, hasta Venezuela.

—¡Ah! Y las Guayanas. Para vos *Búfalo* -cerró hacia mí, ya sin actuar acentos regionales pero con gesto cómplice.

Sus intervenciones en el pizarrón solían terminar en una ovación salpicada con gritos de “¡Grande, *Doctor!*”. Y ésta, por supuesto, no era la excepción para que los bobos hiciéramos nuestro *show* desde los pupitres, mientras él volvía a sentarse.

Lo que ni el *Doctor* Tarditti ni la profesora Espuela podían saber, era que las Guayanas iban a ocupar en mí ese espacio de turbación tenue ocasional tan molesto al que me refería al abrir este relato. Mi capacidad de atención en aquella época era la de un pez, por lo que nunca se me hubiera ocurrido preguntarle más sobre el tema al *Doctor*, ni siquiera en el recreo siguiente. O previo a la Internet, hojear una enciclopedia en busca de más datos sobre esos tres países olvidados por la currícula escolar. Cualquiera de las dos cosas hubiera dado por terminado el tema para mí. Un poco de información sobre las Guayanas benditas y adelante con la siguiente pelotudez. Pero no.

Treinta y tres años pasaron desde esa clase de geografía. Más de tres décadas en las que cayeron el muro de Berlín y las Torres Gemelas; salieron campeón Lanús y Banfield, mientras que River e Independiente se fueron a la B; apareció Internet, primero lenta y ruidosa a través de la línea telefónica y, una vez que desaparecieron los teléfonos fijos, rápida y enchufada a todo lo demás; pasaron nueve *mundiales*, de los cuales en el primero Messi tenía tres años y en este último en Qatar, el de su consagración, llegó a una edad de retiro. Si no fuera porque los *Rolling Stones* siguen tocando y los jefes sindicales en Argentina son los mismos de siempre, diría que es otro mundo.

Mientras pasaban todas esas cosas, la intriga de las Guayanas volvió a mí en ocasiones reiteradas, a través de distintos medios de comunicación y, de modo más reciente, de redes sociales. Y nunca por su mención, sino justamente por su omisión. Cada vez que muestran un mapa por la tele, por ejemplo el del avance de un huracán en el Caribe, ahí están contorneadas, pero nadie habla de ellas. En cada ranking de inflación y pobreza sudamericana que publican los diarios, se listan todo el resto de los países, menos las Guayanas. ¿Cómo puede ser que vecinas linderas del Brasil amazónico y la Venezuela exótica, enfrentadas al Mar Caribe y sus islas con playas paradisíacas, no tengan un solo paquete turístico que las promocióne? Ni que hablar del fútbol. Ya no digo eliminatorias mundialistas, pero al menos una curiosidad, por favor. Nunca un pato que entre a la cancha en un partido cualquiera y desvíe la pelota antes de entrar al arco. Ni un solo pato salvador en tres países y durante décadas, que valga su mención en *YouTube* o los noticieros perezosos del fin de semana en Argentina.

Es una sumatoria fatal, la acumulación repetida de este tipo de no-situaciones seguidas de un interés momentáneo. Esa curiosidad que se disipa en mí a la brevedad y me exime de la necesidad posterior de conocer sobre las Guayanas para volver al punto inicial, el del desconocimiento absoluto. Suerte que me di cuenta, creo que a tiempo, porque de no hacer nada al respecto iría camino a trastornarme de forma obsesiva e irreparable...

El hecho desencadenante de la decisión sanadora que acabo de tomar sucedió hoy, al escroleo *Twitter*. De repente, una infografía fea, con nivel estético de *meme*, indica las preferencias de cerveza de todos los países de América. No solo de América del Sur, sino también de Norteamérica. Incluso de América Central y el Caribe, con sus quichientos estados. Cada uno con su cerveza preferida: Argentina, *Quilmes*; los *gringos*, *Budweiser*; Brasil, *Sköl*;

México, *Corona*. Y así docenas de logos cerveceros, dentro de la silueta de cada nación o enlazados con una flecha desde afuera a los países más pequeños, aquellos que aparecen minúsculos en el mapa. Desde luego, todos salvo las Guayanas.

De todos los no-datos a través de los años, el que los *guayanenses* no tomen cerveza es el que más me perturbó. Tan movilizador como para empujarme a una resolución drástica y liberadora: entrar en la *Wikipedia* y otros sitios sobre las Guayanas, para así terminar con este martirio de una vez y para siempre. Pero antes de acabar con mi ignorancia y desde la ignorancia pura, me voy a dar un gusto: el de imaginar las Guayanas.

“LAS GUAYANAS”

En el principio había una sola Guayana, la Gran Guayana. Rica en vegetación y en frutos tropicales, fue bautizada en 1503 por Pedro de Ledesma, timonel de la cuarta expedición de Cristóbal Colón, quien le dio su nombre por la abundancia de guayabas en la selva cercana a su lugar de desembarco.

Su población nativa era culta y desarrollada. Con un sistema de jerarquías tribales avanzado para su época en lo que respecta a igualdad de géneros, las raíces de su idioma eran inclusivas y su máxima figura gobernante era la de *le Grand Xadre*: una pareja andrógina con idénticas responsabilidades, que distribuía de modo equitativo justicia y bienestar entre los suyos. Brillaron en las artes, las ciencias y la filosofía, por lo que los primeros colonizadores, deslumbrados, no dudaron en llamar a la Gran Guayana la *Grecia de las Indias*. Los *guayanenses* originarios también fueron agricultores expertos y artesanos textiles hábiles. Es por ello por lo que los pioneros europeos adoptaron de modo temprano la vestimenta típica de la población local, a la que llamaron guayabera. Signo de su relevancia, la influencia cultural *guayanesa* se extiende hasta nuestros días en expresiones de uso común en español como *guay*, la voz de alerta usada por los primeros *guayanios* ante un ataque o una insensatez.⁷

El intento de colonización europea no tuvo el impacto negativo que en otras civilizaciones precolombinas. Una dieta saludable basada en alimentos

⁷ ej. *Guay* de que te metas en la selva y te coma un caníbal.

típicos de la zona evitó el contagio de las enfermedades bajadas de los barcos que diezmaron a otros pueblos nativos. Dos capas de harina de mazorca aglutinada con pulpa de guayaba acaramelada entre medio, una preparación autóctona bautizada como *guaymallén* o *caviar del nuevo mundo* por los exploradores, actuó como defensa natural ante la podredumbre del hombre blanco. Asimismo, la destreza del *guayanco* para el comercio y para la guerra impidió el saqueo de los recursos naturales, obligando al otrora invasor a coexistir en paz y a contribuir con su trabajo para asegurar su aceptación como residente y permanencia. De este modo, la Gran Guayana se estableció como el único territorio de las Américas que no debió obtener su independencia de una potencia colonial.

La Gran Guayana vivió su época de esplendor máximo entre los siglos XVIII y XIX, al sentar los ideales base de los estados modernos como ser los de libertad, igualdad y fraternidad que inspiraron la Revolución Francesa y otros procesos emancipadores en el mundo. Tal fue la visión de avanzada de la primera nación americana que en 1905 y previendo el calentamiento global, declararon su escisión física y política de Sudamérica para abordar la problemática con autonomía. En dicho cónclave, los líderes *guayáneos* principales consensuaron además la división del territorio en dos estados independientes: Guayana Occidental y Guayana Oriental.

La secesión amistosa, que en un principio fue realizada al solo efecto de testimoniar unidad subcontinental y asegurarse apoyos mutuos en los foros internacionales, concluyó en la creación de gobiernos antagónicos con orientación política alineada a sus ubicaciones cardinales en el mapa. Actores secundarios durante la *Guerra Fría*, formaron parte de la *OTAN* y el *Pacto de Varsovia* respectivamente, recibiendo apoyo económico moderado a cambio de compromisos. El de Guayana Occidental, alojar a los contingentes extraterrestres enviados por Estados Unidos desde su *Área 51*, reubicados de urgencia ante la imposibilidad *gringa* de continuar encubriéndolos detrás de teorías conspirativas. Al mismo tiempo, la entonces llamada Guayana Oriental del Pueblo, asilaría en secreto centenares de bestias mitológicas asiáticas entrenadas por la *KGB* como arma contra el eje capitalista. En ambos casos el resultado fue el mismo: a cambio de un uso militar que nunca llegó, el desplazamiento (o deglución) de la población humana remanente en las Guayanas.

Una vez caída la Unión Soviética y ante la necesidad de mantener sigilo sobre la existencia de *aliens* y monstruos, la *ONU* propició la creación de Guayana del Medio, un tercer estado robótico, encargado de regular el tráfico y relación entre especies. De forma más reciente, a principios del milenio actual, el consorcio internacional tapizó el cielo de las tres Guayanas con pantallas *LED* que, vistas desde un satélite o *Google Maps*, simulan el paisaje natural de la región y a la vez ocultan a la nueva población local.

Sé que mi versión de la historia *guayanesca* explicaría a la perfección el porqué de un silencio mundial sobre Las Guayanas. Sin embargo, me llegó el momento de terminar con mi ignorancia y descubrir la historia verdadera. Tal vez empiece sobrevolándolas en *Google Earth*, después siga por leer la *Wikipedia* y sus referencias enlazadas. No lo sé. Pero si hay algo de lo que no tengo dudas, es de que no voy a ser su primer explorador virtual. Que ya hubo cientos de otros incultos atribulados antes que yo. Porque cuando abro el buscador y tipeo “qué carajo son”, sin que termine de escribir nada ya me completa automáticamente con “las Guayanas”.

Comentá sobre este relato en el sitio ([enlace](#))

El prode de la copa

Que no recuerde con precisión quiénes estaban conmigo esa tarde del verano de 1990 no hace a esta historia menos verdadera. Seríamos ocho o nueve, máximo. Chicos y chicas, mitad y mitad o casi. Por cómo se daban esas juntadas, supongo que estarían el *Chileno* y el *Pingüino*, amigos y a la vez compañeros de curso y de rock de garaje. Y también Mario, mi compadre. Por el lado de las señoritas, Florencia, Eleonora y Romina, un año menores que nosotros, a las que alternativamente uno y otro queríamos hincarles el diente (eso sí, con mucho respeto, ya que a los dieciséis solíamos confundir el apetito sexual de la pubertad con el amor).

Por más que haya acertado hasta aquí en los personajes, me seguiría faltando recordar las caras de al menos dos o tres protagonistas para componer el elenco completo. Podría mandarle un mensaje a Eleonora ya mismo a ver si ella se acuerda mejor de quienes nos acompañaban, pero detesto darle el pie para que me haga chistes sobre todas las veces que me “rebotó” de chico. Sé que lo disfruta y que mi aparatosidad juvenil hoy le resulta tierna. Que cualquier cabo suelto de nostalgia mutua siempre le deja la pelota picando para el *gaste* y, a decir verdad, a mí me divierte un poco. Pero dado que esta historia nada tiene que ver con romances y despechos adolescentes, prefiero ahorrarme el trámite y avanzar sin más en el relato.

Nadie hablaba aún del cambio climático. Pero fuese por la sensación térmica o el caldo hormonal, ese diciembre de principio de década marcaba cuarenta grados a la sombra constantes. Por eso, la mayoría de nuestras

salidas grupales diurnas terminaban o en el recién inaugurado *Unicenter Shopping* o bien en una casa, amuchados alrededor del aire acondicionado.

En esa ocasión fuimos a dar a lo de mis viejos, por entonces también mi casa. Enseguida de llegar nos acomodamos en el comedor, una sala propia de las construcciones antiguas de los años cuarenta, pequeña y separada del living, muy distinta de los ambientes integrados más modernos que se usan ahora y que ya eran costumbre por entonces. El lugar era estrecho, ocupado en su extensión por una mesa de madera con tapa de vidrio, de forma rectangular con las puntas redondas (un mueble sólido, tan durable que de hecho mis padres lo conservan hasta hoy en su casa actual). Una vez sentados chicos y chicas alrededor, no quedaba lugar entre las sillas y las paredes para que alguno pudiera circular sin que el resto se levantara. Pero esa incomodidad se veía compensada con creces. El espacio pronto estaba repleto por un torrente glorioso de aire gélido que soplaba el equipo *Surrey* de bajo ventana, ubicado a una de las puntas de la mesa. En conjunto con una jarra grande de jugo *Tang* frío, ese era el mejor lugar en donde podíamos estar.

Cuando las reuniones eran solo masculinas, la costumbre era jugar cartas. Las apuestas eran bajas pero numerosas, lo que llevaba al perdedor eventual a asumir deudas impagables. Pobre de aquel al que le tocaba un mal turno de banca en el *black jack*... Por suerte, nadie jamás pretendía cobrar luego las sumas comprometidas. Igual, ni que hubiese querido. A esa edad ninguno trabajaba ni generaba ingresos para saldarlas. En combo con la *timba*, fumábamos hasta volver el aire irrespirable. En minutos éramos capaces de transformar cualquier hogar familiar en un *garito*. Sin embargo, cuando había chicas presentes, nuestro comportamiento cambiaba para bien. Así como la diversión.

Aquella tarde, en presencia de nuestras amigas, alguien propuso como entretenimiento el *juego de la copa*. Y en esto no me equivoco seguro, la idea fue mía, del *Chileno* o de cualquiera de los varones. Porque lejos de ser casual, la *copa* era un intento premeditado y orquestado de sugestionar a las chicas. Ya lo habíamos hecho antes con otros grupos de quinceañeras. Sin necesidad de ensayo previo, los pibes dominábamos la técnica sutil de mover la copa en equipo. Así, orientábamos las supuestas revelaciones de los espíritus a nuestra conveniencia. Cada respuesta del más allá estaba adulterada de forma manual a los intereses alzados de cada hombrecito de la mesa. Por ejemplo, ante la pregunta potencial de con quién iba a debutar Romina,

empujaríamos todos juntos letra tras letra hasta conformar “Mario”. Y así repetiríamos la maniobra una y otra vez, pero adecuándola al objetivo femenino de cada uno de los babosos de la mesa. Por supuesto, para disimular, elaborábamos también respuestas más crípticas, mezcladas con incoherencias y alguna que otra guarangada, al solo efecto de prestar credibilidad a los designios fantasmagóricos.

En esa época las tablas de *Ouija* eran difíciles de conseguir en Argentina (hoy se compran en cualquier juguetería y, desde ya, en la *web*). Por eso, lo habitual era improvisar el tablero sobre una superficie deslizante. El vidrio de la mesa del comedor aseguraba el desplazamiento suave de una copa de cristal biselado que tomamos del aparador del living. Una copita de unos cinco centímetros de alto que, en su ornamentación ostentosa y reflejos tornasolados, contaba con el toque místico justo para su tarea. Las letras, puestas de forma circular y en orden alfabético, eran sacadas de un *Scrabble* viejo y en alemán, con fichas de madera, supongo que de mi abuelo materno. Ese juego de palabras, que por su versión idiomática tenía una distribución de letras inservible para una partida en castellano, al fin encontraba un destino útil. El escenario estaba casi listo para nuestra actuación ruín varonil. Solo faltaba mi mención, dicha como al pasar y por cierto falsa, de una serie confusa de asesinatos seguida de suicidio, ocurrida entre los propietarios anteriores de la casa. Después del dato *trucho* escalofriante, el *mood* quedaba a punto para la sesión fraudulenta de espiritismo.

—Espíritu, si estás ahí, manifiéstate yendo hacia el “sí” —recitamos todos a coro, de modo solemne e impostado.

Varones y mujercitas nos quedamos tiesos con la punta de los dedos índices sobre el borde de la base de la copa, que ahora estaba dada vuelta y en medio del abecedario de fichas puestas en ronda. Era tan simple como esperar inmóviles a la primera chica que dijera “esto no funciona” para comenzar a desplegar la magia.

—Esto no funciona —dijo Florencia, para nuestro deleite picaresco—. Es una *truchada*, hagamos otra cosa —agregó.

—¿Escucharon eso? —interrumpió el *Pingüino* Boutigue, fingiendo susto por un ruido que nunca existió.

Nos miramos entre todos con los ojos bien abiertos, girando las cabezas con lentitud. Primer indicio de que el plan estaba en marcha con éxito. La copa se dirigió tímida y con movimiento entrecortado hacia el “sí”.

Si bien nuestro empujoncito fue tenue, imperceptible, ya sabíamos cuál iba a ser la reacción natural próxima de las señoritas.

— ¡La están moviendo ustedes, idiotas! — protestaron ellas.

La clave en ese caso no era negarlo, sino reforzar el gesto de estupor en silencio.

— Ojalá fuera así — murmuró Cristián el *Chileno* después de una larga pausa.

De inmediato y con un pase fluido, la copita volvió al centro de la mesa, arrastrando consigo todos los brazos hasta sus posturas iniciales. La coreografía era digna de un ballet. Las chicas se pusieron serias.

— ¿Quién empieza? — desafié yo.

— Dejame a mí — primereó Mario —. ¿Cómo te moriste? — le pidió saber al fantasma, así prepotente y confianzudo, saltándose cualquier otra introducción cortés.

Pusimos de nuevo en circulación la copa, a un ritmo dócil. “*Hache*”, “*o*”, “*ere*”... Se deslizó “*sola*” hacia la ficha de cada letra, una tras otra, mientras deletreábamos en voz alta. La respiración de las chicas se aceleraba a medida que se iba formando la palabra. La copita siguió por la “*ce*”. Y terminó con la “*a*”: “*horca*”, se leía.

— Por lo visto murió ahorcado. Al sufrir una muerte violenta, es difícil que se trate de un espíritu amigable — reflexionó el *Pingüino* con seguridad académica, como un Hércules Poirot estudiantil, incitando el sobresalto de las jovencitas.

— Con más razón para ser cuidadosos. Pero tranquilas que estamos nosotros acá — advertí yo, caballeroso, como prueba viril de nuestra experiencia previa y sobrada en lidiar con peligros sobrenaturales.

Hubo un silencio tenso.

— ¿Y adónde te ahorcaron? — intervino de golpe Eleonora, ante la sorpresa del resto — ... Te ahorcaron o te ahorcaste — se corrigió.

“*A*”, “*ce*”, “*a*”, marcó la copa, desde luego con nuestra “ayudita”.

— ¡Acá! ¡El espíritu se colgó acá en la casa! — gritó Mario.

— Sí, tal cual, ahora me acuerdo — reafirmé —. Fue en el *hall* de entrada, al lado de la escalera. De ahí me dijeron los vecinos que se colgó el tipo que acribilló a la familia, de la luz del techo.

El *Chileno*, que había simulado ir al baño, movió con un plumero la lámpara araña del *hall*, haciéndole sonar los caireles de vidrio. Cuando volvió, negó haber oído algo. Las chicas estaban paralizadas por completo.

Para entonces y sin necesidad de más preguntas, todas las pibitas se habían comprado el cuento. Si acaso estaba en la sala el fantasma del dueño anterior de la casa, el del asesino devenido en suicida, también estarían presentes los del resto de su familia, los espectros de los masacrados.

Creo que fue otra de mis amigas, una de las que no recuerdo, la primera en largarse a llorar. El haber llevado la broma hasta el llanto, ahora de adulto me da vergüenza. Nos fuimos al carajo. Si algún pendejo le hiciera hoy algo parecido a mi hija Milagros - pobrecita - yo iría personalmente a ahorcarlo y sin la ayuda de ningún fantasma. Pero como a principios de los noventa todavía estaba bien visto hacer llorar a las mujeres,⁸ no le dimos importancia. Fue medio una reacción en cadena. Varias más se echaron también a gimotear, entre ellas Florencia. El *Chileno* pidió calma, valiente. Y de paso aprovechó para abrazarla. Un campeón.

Era tiempo de avanzar con el plan: fase picante activada en tres, dos, uno... Cero vestigio de duda quedaba ya sobre la veracidad del encuentro paranormal. Momento ideal para entrar en complicidad con el fantasma en eso de hacernos el “arrime”. Pero por supuesto, antes había que cambiar el clima por uno más relajado. Para eso, lo habitual era iniciar una conversación ligera en la que le explicábamos a las chicas que con pedir perdón al espíritu y preguntarle si estaba dispuesto a jugar con nosotros, era más que suficiente. Que con eso bastaba para ganarnos su buena onda. Y así lo hicimos. El *Pingüino* dijo unas palabras que resonaron conciliadoras, a las que nuestro fantasma *coimero* asintió guiando la copa hacia el “sí”. Arrancamos suave.

—¿Con quién se va a poner de novia Romina? —empecé yo, posponiendo a propósito todo lo referido a iniciaciones sexuales y otros tópicos calenturientos, más adecuados para cuando la sesión estuviese más avanzada.

A cambio de “Mario”, la respuesta que esperábamos, la copa comenzó a dirigirse hacia otras letras. “*Ce*”, “*ele*”, “*u*”, “*be*”: “club”. ¿Club? ¿Qué habría querido decir el espíritu? Algo no andaba bien. De repente, las chicas

⁸ Sepa comprender el lector *progrejuvenil* que a cambio de “*talleres de género y nuevas masculinidades*”, los niños de la *generación equis* recibimos la novela “*El Infiel*”. Una tira protagonizada por el actor paraguayo Arnaldo André, en la que interpretaba a un aviador que repartía cachetazos a sus parejas.

soltaron risitas entre ellas. Florencia se inclinó para decirle algo al oído a Romina.

—Debe ser Ale, el chico del club que te gusta —le dijo bajito, con una sonrisa cómplice.

Las otras se sumaron al *cuchicheo*, mientras nosotros varones nos cruzamos miradas de desconcierto, que intentaron ser disimuladas. Continuamos como si no hubiese pasado nada.

—¿A qué se dedica el chico que le gusta a Eleonora? —siguió el *Pingüino* con el interrogatorio.

—Pero eso te lo puedo decir yo, tonto —cortó en seco ella y se mordió los labios inferiores, revoleando los ojos.

—Queremos que lo diga el fantasma —me metí yo, que bancaba a mi amigo.

—El fantasma —repitió el *Chileno*, por si alguien no lo había escuchado.

Abro un paréntesis breve para aclarar que esa pregunta distaba de ser casual. Por aquellos meses tanto el *Pingüino* como el *Chileno* y yo tratábamos de levantarnos a Eleonora y nos pareció justo dirimir la cuestión en el ámbito supraterrrenal. Siendo los únicos tres músicos en la mesa y una vez lograda la sugestión, solo nos restaría luego desambiguar su interés romántico con armas de seducción nobles para dar el tema por terminado. Hoy creo que más que un pacto de caballeros fue uno de zánganos, ya que desde el vamos omitía lo más importante: qué era lo que quería Eleonora.

Así fue que el *Pingüino* le hizo la pregunta innecesaria al espíritu, quien lejos de responder “músico” delectó “rugby” (ahora pienso que tal vez puedan encontrarse ahí las raíces de mi aversión por ese deporte de chetos toscos). De este modo nuestra contienda terminó antes de lo esperado, entre las sonrisitas furtivas y exclamaciones de las quinceañeras, que ahora querían saber más sobre el deportista fornido de Eleonora.

De manera curiosa, había algo alentador en los malos resultados. Si la copa nos devolvía verdades que no queríamos escuchar, eso quería decir que el juego había dejado de ser un simulacro. Y que efectivamente del otro lado teníamos a un espíritu real. Yo había empezado a sospechar de esto incluso un poco antes, porque la fluidez con la que se desplazaba la copita era cada vez más notable. Lo juro por mi hija Milagros, lo que les cuento no es un adorno de este relato. Nuestros dedos se separaban un milímetro de la base

de la copa, ni siquiera la tocaban. Sin embargo ésta hacía giros veloces marcando un círculo perfecto en la mesa, bordeando la ronda de fichas cual vuelta olímpica esotérica. Frenaba de golpe. Volvía hacia el centro. Y luego iba hacia cada letra para dar sus premoniciones con una rapidez mucho mayor a lo que podíamos leer (ni hablar de intentar escribir, imposible falsear una respuesta a ese ritmo).

El asombro era genuino por parte de todos. Así que seguimos un buen rato consultando a nuestro nuevo oráculo personal sobre los temas más variados dentro de la gama de intrascendencias juveniles. Ahora las pibas habían tomado la voz y nosotros, hartos de recibir desencantos por parte del espíritu, las dejábamos.

Mario, ofendido aún con el fantasma pero por sobre todo práctico, tuvo una idea brillante. Una que de algún modo presagiaba el empresario hábil que es hoy.

—Pidámosle a la copa los resultados del *prode*⁹ —compartió a modo de epifanía—. No hay dudas de que nos va dar la boleta ganadora.

A mí me pareció de lo más sensato. Me corrijo, infalible sería el término más preciso. Me pareció infalible. El espíritu había comprobado no solo su existencia, sino también sus capacidades adivinatorias de modo contundente. En ese instante teníamos la asistencia de poderes superiores. Aquel contacto entre mundos no duraría para siempre y debíamos sacarle provecho al máximo mientras fuese aún posible.

El entusiasmo del resto de la *barra* confirmaba que lo mío no era locura. Los escuchaba hablar sobre en qué se iba a patinar la plata cada uno. O que si mejor nos íbamos todos de vacaciones a Grecia ya, que no importaba que fuésemos menores de edad, que ahora con guita los padres nos chupen un huevo y cosas así. Yo no participaba de esa charla exaltada. Estaba muy concentrado en idear el cómo pedirle la jugada al fantasma de un modo en que pudiéramos tomar nota. De repente me iluminé y le pedí silencio a todos.

Respiré profundo y le prometí al espíritu nuestra gratitud eterna. Por supuesto, a cambio de los resultados del fútbol de ese fin de semana. Todo en un español neutro y pomposo apropiado para la ocasión. Por último, le conté las reglas.

⁹ El *prode* (acrónimo de pronósticos deportivos) fue un juego de apuestas oficial de la *Lotería Nacional* de Argentina que estuvo vigente entre 1972 y 1998. La mecánica consistía en apostar a *local*, *empate* o *visitante* para trece partidos de fútbol a disputarse en la semana. La boleta básica incluía una *jugada doble*, que permitía apostar un resultado adicional a elección en cualquiera de los partidos.

—Una señal en la “*equis*” significa que ganará el *local*. En la “*y griega*”, que será un *empate*. Para triunfo *visitante*, un toque en la “*zeta*” —expliqué despacio, mientras marcaba cada una de las letras—. “*Equis*” local, “*y griega*”, empate, “*zeta*”, *visitante* —resumí—. Ahora vamos uno a uno, lento, con los trece partidos.

Cada cual cruzó los dedos de la mano que no usaba para la copa. No hubo más suspenso porque la copita salió de inmediato disparada para la “*equis*”. Regresó al centro. Y otras veces más fue hacia la “*equis*” ida y vuelta, cuatro en total.

—Me va que no entendió —dijo el *Pingüino* casi sin mover los labios, como intentando que el fantasma no lo escuche.

—No, no, está bien así —puso calma el *Chileno*—. Es normal que la mayoría de los partidos los ganen los locales —aclaró.

Y así fue que en el quinto turno nuestro amigo el espíritu marcó la “*ye*”, anticipando un empate. Y en el siguiente una “*zeta*”, un triunfo *visitante*. Así como en el próximo, también victoria de la visita. Para recién señalar entonces de nuevo la “*equis*” y así terminar luego las trece jugadas, una tras otra, con distintos tipos de finales.

Miramos el papel donde Flor anotó las predicciones del fantasma. Las cruces distribuidas entre las trece filas y tres columnas mostraban un dibujo lógico, con mayoría de victorias locales, algunas *visitantes* y unos pocos empates. La confianza en volvernos millonarios era total.

Volvimos a posar nuestros dedos sobre la copa, solo para agradecer y despedirnos de nuestro espectro benefactor. Pero la copita se quedó quieta en medio de la mesa, inerte. Ya nos había abandonado.

Dejamos el comedor desordenado, con el *set* de espiritismo a medio desarmar, y enfilamos apurados para la agencia de lotería del barrio, antes de que cierre. Ya en el local, yo transcribí los resultados a la boleta de *prode* y la entregué al comerciante. Entre todos hicimos una *vaquita* de dinero y pagamos por la apuesta. Esa tarde habíamos quedado condenados a la riqueza. Mientras salíamos, el agenciero nos advirtió que no habíamos marcado el *doble*, que si queríamos agregarlo. Le dijimos que no hacía falta.

Nos despedimos en la heladería *Tucán* que quedaba a una cuadra de la agencia, después de que los chicos invitáramos a las chicas con cucuruchos. Ellas ofrecieron pagar los suyos pero nosotros, cual futuros ricachones que gastan a cuenta, insistimos haciendo alarde de generosidad y galantería.

El domingo siguiente a la tarde, una vez que terminaron todos los partidos, revisé el *prode* y habíamos embocado tan solo cinco resultados. Una nada, menos que los que se suelen acertar al azar y sin ningún tipo de ayuda extraterrenal. Supongo que todos habrán pasado la misma desilusión en sus casas.

Con el tiempo aprendí a revalorizar lo sucedido esa tarde. Porque más allá de nuestra apuesta fallida, se trató de la experiencia paranormal más fuerte que tuve en mi vida (en realidad la única). Una situación que repaso muy seguido en mi mente y que, lejos de darme certezas, me genera cada vez más preguntas. Me lleva a teorizar en direcciones distintas. Desde mi fe agnóstica, por naturaleza insegura, a veces me permito considerarlo una prueba razonable de la existencia de algo posterior a la vida humana. Desde un lugar más de pretensión científica dudosa, lo pienso como un experimento de telekinesis colectiva, engendrado a base de energías y efluvios adolescentes. En cualquier caso, fue un acercamiento real e irrefutable hacia lo desconocido. Por ello, indescriptiblemente valioso. Mucho más valioso que ganarse el *prode*.

No le pienso preguntar a Eleonora quienes más estuvieron esa tarde. Mucho menos contarle que escribí esto. Ni de casualidad. Porque acabo de caer en la cuenta de que esa tarde los engatusados fuimos nosotros, los pibes. Conté esta anécdota tantas veces y sin embargo recién ahora al terminar de bajarla a un papel me resulta tan obvio... Que ante nuestro engaño *berreta*, ellas tomaron el control de la copa a pura destreza mientras simulaban ingenuidad. Y que luego reescribieron al vuelo nuestra rutina pavota con un guión fantástico e ingenioso, haciéndonos creer los pronósticos deportivos del supuesto fantasma. Pasamos en pocos minutos de victimarios a víctimas, con justicia y con estilo. Un giro inesperado. Un crimen perfecto, descubierto más de treinta años después, una vez ya prescripto por la adultez. Magistral. Me pondría de pie para darles un aplauso lento. Más admirable aún es que nunca hayan revelado su jugada desde entonces, en alguno de esos reencuentros que hacemos cada diez años, o aunque más no sea por Internet.

Me llama la atención que se hayan contenido de pavonear su genialidad por tanto tiempo. O será tal vez que en verdad fue un espíritu. Caso en el cual pienso ocupar mis primeros quinientos años de eternidad en perseguirlo. Para después reclamarle que me devuelva los diez mil australes que gastamos en esa boleta de *prode*.

Comentá sobre este relato en el sitio ([enlace](#))

Los tocayos

Es extraño encontrar en una película dos personajes que compartan el mismo nombre de pila. Rara vez sucede. Y de ser así, se utiliza como recurso para el enredo y en films sin muchas pretensiones artísticas. Me excuso de antemano por las dudas de que esté equivocado. Me disculpo por si algún cinéfilo con ínfulas solemnes me hace notar de alguna obra de Bergman o de Greenaway que tenga dos *Bjorns* o tres *Vladimires*, que además sea profunda y dramática. Pero hasta que me demuestren lo contrario, la única referencia que me viene a la cabeza son el *Doug* y el *Black Doug* de las *¿Qué pasó anoche?*, la pochoclerísima saga de comedia sobre resacas amnésicas pre boda.

Lo cierto es que, fuera de la pantalla, la repetición de nombres en protagonistas de una misma escena cotidiana es de lo más corriente. Algunos podrán atribuírselo a las modas. Si sabrán los empleados más viejos en los registros civiles de las oleadas de inscripciones de *Susanas* y *Mónicas* que golpearon contra sus escritorios en los años cincuenta y sesenta; de todos los *Juan Pablos* que homenajearon al Papa Wojtyla durante el final de la *Guerra Fría*; de las *Sofías* y *Felipes* que abundan ahora. Son esos municipales de raza los que saben con certeza de la muchedumbre de *Lioneles* que se vendrá... Es esperable que a mayor cantidad de niños rotulados del mismo modo, más las maestras deban recurrir al apellido o a un apodo para diferenciarlos. Que más tarde, ya en la adultez, el anterior infante genérico usufructúe de su identidad adquirida al por mayor para intentar culpar a compañeros de trabajo homónimos por *cagadas* propias. O para evadir acusaciones de infidelidad, porque siempre seguro es al otro *Valentín* al que vieron salir del *telo*. Son a esas y a otras argucias útiles a las que un *Melchor* o una *Azucena*

jamás podrían sacarle provecho. Enredos de la vida real que, una vez pasado el saludo de presentación cordial típico entre tocayos, demuestran que no suele haber peores enemigos posibles que quienes se llaman igual.

Conocí en carne propia que no existe amenaza mayor que la de un tocayo. Y sumo motivos para reafirmar que la industria del cine no observa la dimensión del impacto social del problema, ya que no son solo aquellos con nombres comunes los que lo padecen (nótese que me ha afectado incluso a mí que soy un *Paco*, alguien con un sobrenombre no tan habitual en Argentina). Agregó que Hollywood tampoco advierte su potencial narrativo, que da mucho más que para embrollos cómicos (asiéntese que mi situación, la que voy a contarles, dista mucho de ser graciosa).

Si lo siguiente no les parece curioso, es porque al igual que yo consideran que batallar con tocayos es de lo más normal: en un lapso de tan solo un año y medio fui cambiado por un *Paco* y a la vez reemplacé a otro *Paco*. Por supuesto, me refiero en lo que concierne al amor. En la pérdida quedé fulminado, devastado; en la conquista, extasiado y eufórico por la reivindicación. En ambos casos, como amarrado delante de un *ying-yang* giratorio al que le arroja flechas un cupido borracho. Hoy, ya más calmo, tan solo convencido de la existencia de un *karma* cuasi instantáneo que nos alcanza a todos los *Pacos* de este mundo.

Recuerdo enterarme no sé cómo del haber sido sustituido por otro *Paco*. Al fin de cuentas, lo único importante es que en aquel momento me pareció gravísimo. Lo llamé por teléfono de línea a mi amigo *Ciro*, whisky en mano, cual *Charles Bukowski* del siglo veintiuno.

—*Cirito*, me podés creer que *la que no debe ser nombrada* ahora sale con otro *Paco*... —le solté lento, con la voz apagada, monocorde.

Del otro lado de la línea *Ciro* hizo silencio, incrédulo.

—¿Y cuál es el problema? —me devolvió sin parecer inmutarse por mi dramón.

Mi compinche en el rock,¹⁰ quien después de mi divorcio fue lo más similar que tuve a un acompañante terapéutico, sabía que mi primer intento de re inserción al mundo de las citas y el amor me había dejado noqueado. Por eso, ante mi aturdimiento y falta de raciocinio, era él quien oficiaba de voz de mi conciencia.

¹⁰ *Ciro* (alias *Doctor Incógnito*) fue uno de los miembros fundadores de *Reservoir Songs*, banda en la que yo toco hasta hoy y a la que él perteneció hasta 2018.

—¿Sabés si este otro Paco también es de Capricornio como vos?
—escarbó.

—Ni la más puta idea... ¿Pero y eso que tiene que ver? —me mostré sorprendido y molesto por la pregunta —. Eso es una pavada.

—Tan pavada como lo de que vos y el *chongo* nuevo se llamen igual
—concluyó.

Cortamos la charla telefónica solo después de que *Ciro* me despidiera con palabras tranquilizadoras y con la advertencia de que no haga boludeces. Su alerta era justificada, ya que en ocasiones anteriores y reiteradas yo había evadido su consejo de no seguir intentando reconquistarla con métodos que en mí imaginación eran súper ingeniosos (de esos que en las películas románticas son tan bellos como infalibles y en la vida real hacen lucir al enamorado como un asesino serial).¹¹ Pero a esa altura ya no necesitaba más de su control. No solo por haberme resignado a que no la recuperaría, sino porque ante la reaparición repentina, inexplicable y frecuente de la no-susodicha yo me gestionaba mis propias “intervenciones”.¹² Por ejemplo, ante su invitación por *WhatsApp* a acompañarla a una *expo* equis, le pedía a *Ciro* y al resto de la banda de ir tomar una merienda a algún lugar donde no sirvieran alcohol durante todo el transcurso de la muestra de arte. Terminábamos entonces los cuatro grandotes comiendo *cupcakes* con té en cafeterías de color rosa *Barbie*, tras mi pedido expreso de que me tacléen sin compasión en caso de querer escaparme al reencuentro. Por eso, a esa altura ya no había peligro de que hiciera un papelón a causa de su nuevo Paco, el *Paco trucho*.

La realidad es que los argumentos de *Ciro*, si bien algo sensatos, no terminaron de convencerme del todo. Me cuesta considerar que la afiliación a un mismo signo zodiacal del *ex* y del novio actual de una misma mujer sea comparable a que ambos compartan el mismo nombre. No tanto porque a Capricornio o a cualquier otro signo pertenezca más o menos una doceava parte de la población mundial y que *Pacos* sobre el planeta seamos muchísimos menos. Sino porque la sensación de usurpación de espacio verbal oral y escrito, con la presencia fantasma de mi nombre en cada

¹¹ Pienso ahora con estupor que un “regalo sorpresa” muy creativo que le envié, bien pudo remitir por tamaño, forma y peso al final de la película *Seven, Pecados Capitales*. De hecho, dudo que la compañera de trabajo a la que pedí el favor de entregárselo no haya pensado todo el tiempo que lo que llevaba dentro de la caja era una cabeza humana.

¹² Intervenciones al estilo “*intervention*” gringa. Un encuentro no anunciado en el que un grupo de amigos y familiares del intervenido lo interpelan para que cese con un comportamiento dañino.

mención cotidiana de ella hacia el otro Paco, en cada palabra de afecto o en lo que se dice durante el sexo, en la discusión importante y en la trivial, me producía un pavor inconmensurable. Pero como con tantas otras cosas que me perturbaban, tuve que aprender también a vivir en paz con esa.

A menudo pienso que esa etapa no fue más que una de las tantas que me trajo hasta acá. Por lo tanto indispensable. Si tuviera las llaves de un *Delorean* volador que me permitiese volver en el tiempo, lo utilizaría solo para modificar resultados de partidos de Platense. Nunca intentaría corregir nada de lo dicho o lo hecho al solo fin de conservar o recuperar a ninguna mujer. Es algo que me sucede solo desde que yo pasé a ser el “nuevo Paco”, el que reemplazó a otro, pero con sinceridad y para mi alegría, no por motivo exclusivo de ello.

Si un año y pico atrás había sufrido una paliza total, mi encuentro con Victoria me hizo olvidar de todas las tristezas pasadas de inmediato. Tanto como para pensar en llamarlo a Ciro una vez más. Y decirle que ya no era necesario que mantengamos el pacto por el que yo no podía mencionar por el nombre de pila a aquella que antes me había dejado tirado por el suelo (supongo que cuando me lo impuso ya lo tendría podrido de hablar de ella). Pensé incluso en decirle que ahora podríamos llamarla *Derrota*, en el caso raro y esporádico de que surgiera en una conversación. Que en las antípodas de la felicidad que me provocaba Victoria, no podía haber alguien más que Derrota. Pero tuve un instante de lucidez en el que caí en la cuenta de que ese juego de palabras era muy bobo. Así que ese llamado a Ciro nunca existió.

Todo lo que nos trajo a Victoria y a mí hasta acá excede largamente estos episodios descriptos, así que me lo reservo para otro relato. Pero en lo que atañe a esta historia, habrá sido no más allá de nuestra segunda o tercera cita cuando me enteré de que efectivamente ella había tenido a otro Paco como novio antes que yo. No dudo que de haberle contado esta anécdota completa a alguna señora mayor, supongamos esperando el colectivo cual *Forrest Gump*, hubiera recibido de ella varios “Dios te quita, Dios te da”, “cuando se cierra una puerta se abre otra”, entre otra sarta de lugares comunes del repertorio popular. Frases hechas, pero que en cualquier caso traslucen cierta sabiduría.

Convengamos que lo de los *tres Pacos* es accesorio a la trama. Que la verdadera reivindicación tiene que ver con lograr superar los tiempos difíciles, con saber despegarse de quienes a uno le hacen mal y acercarse a los

que le generan bienestar. Sin embargo, no quiero terminar este relato sin mencionar algunos detalles de cómo es ser el Paco ganador, ese que desplazó a uno de sus tocayos y llegó para quedarse. El lugar en el que ahora me toca estar a mí. El Paco de hoy. Porque les confieso que tampoco es simple. Cada vez que Victoria me dice “te amo, Paco”... ¿Existirá acaso alguna fisura en su *matrix* que la haga pensar por un momento en el Paco anterior? ¿Cómo saldré rankeado en la comparación? ¿No es por cierto más natural que me contraste con ese Paco que contra cualquier otro de sus novios anteriores? Qué trastorno este flagelo interminable de los tocayos... Qué difícil ser un Paco más... Qué molesto ser este Paco...

Comentá sobre este relato en el sitio ([enlace](#))

Indignación por el acampe

No hay nada que despierte tanto mi costado *facho* como los acampes. Existen pocas cosas que deteste como esa aglomeración de carpas que invaden el espacio público y entorpecen el desarrollo normal de la vida en comunidad. Que más allá de las molestias prácticas que generan, afean la ciudad. Hasta los turistas, cuando los toman con sus cámaras como un recuerdo pintoresco tercermundista, huyen una vez que el vaho a cuerpos sucios los empieza a marear. Es una vergüenza que los políticos, por pura demagogia, no manden a la policía a reprimir.

Desde luego, no estoy pidiendo represión a los reclamos sociales. Puedo comprender sus motivaciones. Hablo de la pasividad de las autoridades en la previa de los recitales de Harry Styles del tres y cuatro de diciembre de 2022 en el estadio de River Plate. O mejor dicho, de su inacción en la *previa* de la *previa*. Aquella en la que desde el mes de junio, unos ciento cincuenta días antes de los shows, empezaron a gestarse asentamientos permanentes en las veredas cercanas al club. El de entusiastas en carpas de *camping* y sillas playeras alineados en fila por orden estricto de llegada. Todo a fin de reservar el privilegio de ser los primeros en ingresar al campo el día del show. Repito, *ranchando* desde casi seis meses antes. Medio año de vivir como indigentes sin necesidad alguna, al solo efecto de ostentar fanatismo. No solo una actitud que roza lo irrespetuoso hacia aquellos en situación de calle real, sino algo que cualquiera que haya ido a más de tres recitales sabe que en la práctica es totalmente inútil. Porque siempre abrirán primero el acceso por otro lado; o porque el operativo de seguridad desviará la entrada retrasando a los acampantes frente a la masa de público; u otras docenas de

eventualidades que posiblemente hagan de su epopeya pretendida un sinsentido. Eso sin contar lo que es obvio. Que aunque los *ultra-fans* puedan atravesar al trote la cancha vacía, para luego pararse pegados al escenario con sus banderas en alto al viento, más temprano que tarde serán desplazados por el movimiento colectivo de la multitud. Así, disfrutarán de una ubicación similar a la de cualquier *Juliana* o *Eugenia*, con la diferencia de que ellas salieron a las tres de la tarde de su casa en Haedo para llegar en horario al show. Es más, casi con seguridad hasta quedarán en un lugar peor. Porque en contraste con estas chicas sensatas, el cansancio acumulado por meses de incomodidades les arrastrará poco a poco hacia el fondo del campo, al lado de las tribunas, ahí donde se suelen parar los padres que llevan a niños pequeños. Terminarán empujados hacia ese sector donde el espectáculo se ve solo a través de las pantallas y se escucha abombado y a destiempo. Cuando pienso en esto siempre me acuerdo de mi amigo Guille, hincha fanático de River, con mil partidos a cuestas ya a los quince años: «Si sacás popular para un recital en el *Monumental*, al artista lo ves igual de grande que al “Abuelo”¹³ en la tribuna de enfrente cuando viene a jugar Boca». Esto en referencia a la dimensión enorme del estadio, agigantada por la pista de atletismo, tan inconveniente para vivir un concierto. Tanto esfuerzo para tan poco, Marisol arroba *ilovestyles98* en *Instagram*...

Esto no pasaba antes. Sin caer en la falacia avinagrada de que todo tiempo pasado fue mejor, puedo asegurar que estas tolderías son cosas de unos años para acá. Quién sabe fruto de una importación mal argentinizada de modas globales, como ser la de las esperas de los *gringos* frente al local de *Apple* previo el lanzamiento de un modelo nuevo de *iPhone*. O por el reestreno en salas de algún clásico del *sci-fi*, que también reúne antes de la proyección a los *nerds* aburridos del primer mundo. Pero en ninguno de estos casos por un plazo de meses, ni siquiera de semanas. Y nunca en condiciones sanitarias inviables.

Digo solo que es cosa nueva y no que en los noventa las costumbres locales fueran más civilizadas. De hecho, recuerdo que Laura, la hermana menor de Guille, nos contó de las atrocidades que vio por entonces en un recital de Luis Miguel en *Vélez*. En general, yo no tengo ningún tipo de pudor respecto del uso del lenguaje explícito, menos aún cuando es a fines descriptivos. Pero en este caso, las imágenes que vienen a mi memoria son

¹³ José Barritta, alias “el Abuelo”, jefe de la *barrabrava* de Boca Juniors durante parte de las décadas del ochenta y noventa.

tan fuertes que prefiero aferrarme a un eufemismo. Desde su lugar de espectadora y testigo involuntaria, Laurita había presenciado cómo varias otras chicas habían atendido al *llamado de la naturaleza*¹⁴ sin moverse de su lugar, al solo efecto de no perder su ubicación en el campo. Guille y yo, que un tiempo atrás habíamos ido a ver a *Obras* a la banda de *thrash-metal Pantera*, quedamos boquiabiertos y horrorizados ante lo escatológico de su crónica. El espectáculo de nuestro gusto, en los papeles mucho más propenso a conductas marginales, era casi una gala de ballet para diplomáticos frente al comportamiento de algunas de las seguidoras del cantante de boleros pop. Dicho esto, los acampes pre recital parecen no ser más que una forma moderna de perpetuar la inmundicia con raíces muy anteriores al emplazamiento de la primera carpa iglú.

Limitar el objeto de ese tipo de campamentos a lo relativo al orden de ingreso al estadio es un error. Es al menos parcial. Sin dudas, hay un porcentaje altísimo de liturgia pagana en el hábito. Una especie de vigilia con la cual cumplir, durante la cual preparar cuerpo, mente y espíritu para la ceremonia *pop*, representada por el momento del show. Una ofrenda para celebrar la aparición y posterior adoración de la deidad en el cuerpo del artista. Ésta es la parte del sacrificio que más intriga me produce. Tengo una serie de preguntas sobre las que tal vez algunos de ustedes me puedan ilustrar: ¿Cuál es la reacción típica de padres, amigos y parejas? ¿Cómo se aseguran la subsistencia económica durante el plazo del acampe? ¿Por qué éste es un fenómeno en su mayoría femenino? ¿No llega un punto en el que se aburren? ¿Hablan entre sí de otra cosa que no sea del ídolo? ¿No terminan detestándolo? Es mucho tiempo. Sean seis meses o tres. O una semana. Mucho tiempo, tanto como para escribir tres biografías de Harry Styles y de sus cortos *veintitantos* años de vida. Y eso que estamos hablando por lejos de uno de los artistas *mainstream* más talentosos de su generación. Esto sucede a menudo, meses más, meses menos, solo cambiando el nombre del cantante y del estadio.

De lo poco que sé, es que el artista es accesorio. Y que ningún equipo de producción es responsable. Que no hay truco de *marketing* por el que desde la industria de la música se fomenten este tipo de rituales. El entretenimiento capitalista necesita de lo mismo desde que los *Beatles* bajaron de un avión frente a centenares de *teenagers boomers* gritonas. Por eso los medios nos

¹⁴ Léase *cagado*.

mostraron a los admiradores de *Soda Stereo* trepados a los autos oficiales mientras que los llevaban a un hotel en Caracas. El negocio exige siempre el mismo guión excitante, repetido en el tiempo y hasta la actualidad con distintas *estrellas pop* como protagonistas. Es cierto que el público juega su papel, que es parte necesaria del fenómeno. Incluso en los disturbios, cuando aportan al escándalo. Pero en todos los casos siempre se lo explota en escenas de fervor, adrenalínicas. Nunca en forma de gente en *joggineta* tomando mate por seis meses.

Pensado como algo reñido con la lógica de los negocios, el acampe es casi contracultural a la globalización. En esa línea, se me consolida la idea de que tiene mucho más que ver con el costumbrismo y con la tradición. ¿Será el culto a San Cayetano,¹⁵ tan popular en nuestro país, el que promueve esta versión vernácula particular de preparación para un concierto? ¿O es la expresión definitiva del ser argentino del siglo veintiuno? Este tema merece al menos un par de capítulos de un programa de investigación por TV. O que vuelvan los milicos.

Comentá sobre este relato en el sitio ([enlace](#))

¹⁵ La celebración de San Cayetano, patrono del pan y del trabajo, tiene lugar en el barrio porteño de Liniers todos los 7 de agosto. Muchos fieles acostumbran acampar con varios días de anticipación frente al santuario. Por motivos que solo se explican a partir de la fe, algunos lo consideran más efectivo para conseguir un trabajo que utilizar ese mismo tiempo en buscar empleo.

Cómo vivir mil años

Dentro de cinco mil años solo algunos conocerán bien a los *Beatles*. Serán aquellos mismos que sabrán de Maradona, de Pelé y de Messi. De Picasso y de Edison. De Mandela y de los Kennedy. Ellos, los historiadores del futuro, habrán estudiado nuestra civilización y alardearán sobre los detalles de las vidas y las obras de nuestros mayores exponentes contemporáneos. Cuando algún dato se les extravíe, atarán cabos sueltos para llegar a una verdad única y consensuada. Que si Pelé nació en ese territorio que los antiguos llamaban Brasil y Messi en el extremo sureste de América, el que yace sumergido desde hace ya más de mil años por el deshielo de los polos: la Argentina. O si acaso era al revés. Desde que a principios del siglo LXIII hallaron imágenes de *O Rei* jugando un *cabeza* con *el Diego*, los académicos asumieron la nacionalidad argentina de ambos como un hecho histórico inobjetable. El resto de los mortales del mañana (por cierto muy lentos para morir e incluso difíciles de matar) aprenderán de esta era actual solo lo que reciban procesado y resumido a través de la programación telepática de *H3*, la señal alternativa *screenless* de *History Channel*. Es así que su conocimiento sobre nosotros será similar al que la gente promedio tiene en el presente sobre el Egipto de los faraones. Una idea tan abstracta como dibujos de perspectiva plana tallados en piedra. Ilustraciones que se subestiman como simples por figurativas, pero que en efecto son complejas de descifrar. Así como hoy tantos imaginan co-generacionales a Tutankamón, a Cleopatra y a la momia de *Titanes en el Ring*,¹⁶ nuestra descendencia intergaláctica se hará

¹⁶ Espectáculo argentino de lucha libre dirigido por Martín Karadagián (1922-1991, Buenos Aires), que se emitió por TV entre 1962 y 1988.

sus propios *matetes*. En nuestros jeroglíficos, Messi será el de la cabeza de perro. Picasso el ojo y los *Beatles* cuatro pajarracos. La inmensa mayoría de nosotros no seremos más que un par de docenas de siluetas idénticas: los que empujamos los bloques de la pirámide.

Dentro de un millón de años, una minucia de tiempo en términos geológicos y evolutivos, el olvido nos habrá igualado a todos. A Maradona y a vos, a Mandela y a mí. Casi con seguridad la humanidad haya terminado, o bien evolucionado y emigrado a otros planetas. La Tierra será tan solo un parador donde frenar a mear. Un *Atalaya*¹⁷ en medio del espacio. Si durante la parada una mascota alienígena por casualidad desenterrase el Santo Grial, el turista estelar desestimaría el cacharro y lo arrojaría de nuevo al piso. Cualquier hallazgo arqueológico sería considerado una curiosidad fruto de la construcción colectiva precaria de una raza de inteligencia inferior. Sin un contexto cultural que les dé significado, la Mona Lisa, un balde chino comprado en *Easy*, el lado B de *Abbey Road*, la teoría de la relatividad y un collar de fideos enhebrado para el Día de la Madre tendrán el mismo valor: el de una pila de hojas en una colonia de hormigas.

Muchos nos comimos el verso del hacer para trascender. Algo que en términos universales es irremediablemente imposible. Todas estas historias desaparecerán, como tarde, un año después de que yo me haya muerto (tan pronto como mis herederas se olviden de pagarles el alojamiento *web*). A los *Beatles* les irá un poco mejor. Ya hemos visto que incluso son aún objeto de estudio dentro de cinco milenios. Y estoy seguro de que por lo menos triplicarán ese tiempo antes de que su legado se extinga. Quince mil años. Tanto, tan poco.

Existe un test que todos los *comunes* podemos hacer para lidiar mejor con estos temas existenciales: el mirar hacia atrás en la familia y ver cuántas generaciones recordamos. De quiénes sabemos el nombre y algún datito más (tampoco es necesaria la biografía completa). Por supuesto, para que la prueba funcione como es pretendida, no hay que hacer trampas como *googlear* ancestros en ayuntamientos europeos o contratar uno de esos servicios que venden árboles genealógicos. Se trata tan solo de hacer un ejercicio de memoria. No solo con los que conocimos, sino incluso con aquellos de los cuales algún pariente nos contó su historia. Por ejemplo, califican para el estudio quienes ya habían fallecido a la fecha de nuestro

¹⁷ Confeitería de ruta ubicada en la localidad de Chascomús, provincia de Buenos Aires. Se caracteriza por ser posta de viajeros vacacionales en camino a los balnearios de la costa bonaerense.

nacimiento pero que nos presentaron a través de relatos. Esto nos devuelve un índice más o menos aproximado del tiempo de recordación que podemos esperar para nosotros mismos. En mi caso, el resultado es poco prometedor. El mayor registro que tengo es el de alguien nacido tan solo setenta y cuatro años antes que yo. No tengo la menor idea de quién era ni a qué se dedicaba nadie más allá de mi bisabuelo Francisco, nacido en Alicante en 1900, peluquero, emigrado a Argentina cerca de 1920.

Limitada nuestra esperanza de trascendencia al ámbito del recuerdo familiar, es momento del análisis más importante: *cómo* queremos ser recordados, como *quién* queremos ser recordados. Ésta es la decisión más significativa que podemos tomar al respecto, teniendo en cuenta lo efímero de nuestra persistencia *post-mortem*. Sin entrar en una valoración profunda de defectos y virtudes, de la bondad individual ni de cariños personales, sino al mero fin de lograr que la propia mención póstuma se prolongue por el mayor tiempo posible, llegué a la siguiente conclusión: uno debe seguir el camino del integrante más *colorido* de la familia. Aquel que genera más anécdotas, el que compone el mejor personaje. En mi caso, el tío Oscar.

Oscar Casullo, alias Tío Oscar, era en realidad mi tío abuelo. El tío de mi papá, Juan Carlos. El mayor de cinco hermanos bastante particulares, al menos lo suficiente para que de todos ellos también recuerde sus nombres: Roberto, Angelito, Nélica y Esther (mi abuela). Oscar era el patriarca. Un tipo grandote con el porte, la voz y el gesto de Perón (aunque él no demostrase una simpatía muy marcada por el *General*, hasta donde sé). Había logrado un muy buen pasar económico con un corretaje de galletitas *Bagley* y algunas inversiones acertadas. En los setentas manejaba a lo grande: *Polaras*, *Fairlanes*, *Chevrolets*. Autos masculinos, los *muscle cars* que se vendían en Argentina. Dicen que cuando discutía con la mujer camino a Mar del Plata le abría la puerta y la dejaba haciendo dedo en la ruta 2. Ya en *La Feliz*, juntaba familia y amigos en un chalet amplio cerca de la calle Alem y armaba *comilonas*. Se sentaba en la cabecera de la mesa, camisa de manga corta abierta con musculosa al aire y anunciaba el menú. Por lo general, terminaba con un «y de postre, vamos a tener helados fríos». Esa redundancia casual fingida era festejada por todos, desde ya. Era parte indivisible de su marca registrada. En la sobremesa entretenía a los hijos de los invitados, entre los que estaba yo. Se sabía varias maneras de doblar servilletas en forma de animales, como conejos que tenían un nudo por cabeza y las puntas de la tela por orejas. El tipo se las arreglaba para ser el preferido de todas las

generaciones. No era el mejor de los hermanos. No era médico como Roberto, no era flaco ni pintón como Angelito lo había sido alguna vez. Pero tenía lo que hace falta para vivir mil años. Quién dice hasta cinco mil. Sin necesidad de inventar la bombita eléctrica, ganar Mundiales, gobernar un país o grabar los mejores discos de la historia.

Comentá sobre este relato en el sitio ([enlace](#))

De cazadores cazados

Parte 1: Cazadores

Quienquiera que alguna vez haya usado aplicaciones de citas sabe que son lo más parecido a un zoológico virtual. Y no solo en el sentido tan recurrente como *machirulo* patentado por mi amigo y *excumpa* de la facultad Javitus, quien decía nunca haber jugado al *Pokémon Go* porque él “para coleccionar bichos” ya usaba *Tinder*. Sino porque esos catálogos humanos parecen reunir tal diversidad de especímenes, hombres y mujeres por igual, que serían imposibles de ser hallados reunidos en otro lado.

Si acaso durante un recorrido por el zoológico dos visitantes se conociesen y, después de un rato de charla animada, coincidiesen en abandonar juntos el parque, se darían cuenta de que no es tan fácil. Porque de ese zoo nunca se sale directo a la calle. Al descubrirse ambos parte de las bestias en exhibición y no simples turistas espectadores, serán primero devueltos a un lugar más parecido a una jungla.

Sin la protección de las rejas erigidas por las reglas de uso de la *app*, el encuentro personal estará lleno de nuevos peligros. El primero, el de dejarse engañar por los cambios de camuflaje entre el personaje electrónico anterior y el ser de carne y hueso ahora enfrentado. Si sus imágenes fotográficas previas, de belleza enciclopédica, coincidiesen con las captadas en vivo por el ojo, habrán sorteado el reto de una posible decepción inicial irreparable. Una que los haría atacarse y luego huir. Pero si afortunados de agradarse, avanzarán confiados en el cortejo a una velocidad acorde a la sincronización de sus períodos de celo. Ya consumada la cópula, solo les quedará sobrevivir a

la primera noche sin ser devorados después del apareamiento, para al fin considerarse moradores de la selva. Ambos se creerán aptos. Sin embargo, no pasará de la mañana para que su propio instinto de subsistencia los separe. Al abrir los ojos, tendidos uno al lado del otro, caerán en la cuenta de algo perturbador: de que nunca se necesitarán en adelante en la intemperie, de que su hábitat natural es el del parque. Porque no hay nada más sencillo que salir a cazar dentro un zoológico.

Sentados en el balcón de su departamento al norte del barrio de Constitución, Javitus y yo alternábamos *Tínderes* para admirar y comentar los triunfos de uno y otro. Un par de pitadas de porro después de la cena me habían estirado la percepción del tiempo, lo suficiente como para que pudiese elucubrar toda la analogía del zoo en apenas lo que llevó intercambiarnos de mano los *smartphones*. Mientras comenzábamos con el escrutinio cruzado de las *apps* ajenas, yo le contaba mi teoría de animales en parques y selvas imitando la voz de Ernesto Fritz, el locutor de documentales de *Canal 13* famoso en los años ochentas.

— Pero la fauna tuya es digna de premios —interrumpió Javitus entusiasmado, poniendo en pausa mi alocución de sonido tan patinoso como el de una cinta de VHS sobregrabada muchas veces.

— Ha de ser la geografía lo que lo propicia —encontré como mejor explicación—. Desde que vivo en Retiro pegado a Recoleta, casi todas mis “felices coincidencias”¹⁸ son con especímenes de sangre azul.

La realidad es que, lejos de señoritas adineradas que pudieran prometerme un futuro próspero y ocioso de príncipe consorte, se trataba en su mayoría de *chetas* de familias tradicionales caídas en desgracia, esas que conservan el apellido y nada de su fortuna. En general, también mujeres muy aburridas y, por sobre todo, pretenciosas. Pero yo no era nadie para privarle a Javitus de su fantasía aristocrática.

— Cuando quieras vamos de safari por mis pagos. Incluso, si querés, nos vestimos de caqui o de verde y bordó, como en los cuadros de los pubs ingleses. Sin embargo, yo arrancaré por explorar tu ecosistema de acá.

¹⁸ “Feliz coincidencia” era la expresión con la que el locutor argentino Roberto Galán (1917-2000) anunciaba la formación de una pareja en su programa de televisión “Yo me quiero casar... ¿Y usted?”, un show que bien podría considerarse el ancestro primitivo de las aplicaciones de citas de hoy.

Viendo tus *matches*, hay una variedad de lo más exótica de *chichis*,¹⁹ por cierto tan o más apetecibles —propuse a cambio.

— El peligro por esta zona es con las manadas —advirtió—. No deja de ser una aventura, pero hay que estar preparado para los riesgos. Nunca se sabe quiénes se te van a aparecer luego. Y es cierto lo que vos decís, que suele ser cosa de una noche. Pero acá te quedás dormido y zas, te despertás rodeado por la familia. En el mejor de los casos, sirviéndote raviolos y preguntándote fecha de casamiento. En el peor, sacándote a los palazos a la calle por vulnerar el honor de “la nena” —cerró su crónica con la certeza de un superviviente a mil de esas expediciones.

Seguimos en tono humorístico con la apreciación de los trofeos de cacería acumulados en semanas anteriores por cada uno. Nuestra charla continuó salpicada de comparaciones con la fauna salvaje cada vez más forzadas y menos afortunadas, hasta que nos dejaron de hacer gracia del todo. Fue entonces que me encontré con algo curioso en el teléfono de Javitus. Algo que nos llamó la atención a él y a mí, tanto como para no cambiar más de tema en toda la noche. De entre las decenas de ligues virtuales hechos por cada uno, existía uno en común a los dos. Por lo visto, ambos habíamos iniciado conversación con la misma mujer: “Laura, 33”.

Parte 2: Cazados

Javitus y yo nos conocimos a principios del año '92, en nuestro primer día como estudiantes de publicidad. Enseguida congeniamos por nuestra facilidad mutua para el chiste absurdo, lo que más tarde venderíamos a los profesores como talento para el *brainstorming*. Sin dudas, antes que una dupla creativa, éramos una dupla cómica. Prueba de ello es que los que cursaban con nosotros solían compararnos - muchas veces molestos - con los dos viejos de los *Muppets*, esos que hacían sus gracias desde el palco.

El problema era que en determinados momentos esa sociedad perdía balance. Y que cuando eso sucedía, yo sentía culpa y me sentía en deuda con él. Nunca antes me había pasado de primerearle tantas mujeres a alguien, por lo general de modo involuntario y sin intención de daño (admito que otras

¹⁹ Nombre autóctono que los lugareños dan a las hembras.

veces me dejé llevar por la oportunidad sin mucho remordimiento). Al principio, si íbamos a un boliche, de todas las chicas presentes yo me enganchaba justo a la que él se había chamullado media hora atrás. O cuando en la barra de un bar él empezaba a hablar con una que le gustaba, por pedido de ella terminaba trayéndome un papel con su número de teléfono a mí. Situaciones incómodas similares y en ocasiones repetidas, que empeoraron con el tiempo. Se volvieron más personales, menos casuales y con sentimientos de por medio. Fui yo el que acabé de novio con Patricia, una compañera de facultad de ambos, luego de que él invirtiera meses en intentar conquistarla. Un tiempo después y como corolario, fue solo cuestión de que me comentara su interés por otra chica con la que nos tocó cursar, para que yo me convirtiera en su pareja por los siguientes diecinueve años.

A diferencia de con otros compañeros queridos de la facultad, con los que nos distanciamos una vez terminados los estudios, con Javitus seguimos en amistad cotidiana. Teníamos conocidos en común por fuera de la universidad, jugábamos al fútbol cinco, compartíamos vacaciones en la costa, incluso llegamos a trabajar juntos por un tiempo breve. Fue recién por entonces que la balanza comenzó a nivelarse entre ambos en lo que respecta a las mujeres. En mi propia noche de bodas, durante la fiesta de casamiento, él conoció a Eleonora, mi amor imposible de la adolescencia temprana, con quien estuvo de novio luego por varios años. Si bien yo ya no sentía ningún despecho por los rechazos juveniles de Eleonora hacia mí, igual lo viví como un acto de justicia divina. Uno bien merecido. Si acaso se dictara condena a quien le primerea novias a sus amigos, no existiría para el infractor nada más similar a una pena capital que el tener que indemnizar al damnificado entregándole a aquella que le causó su primer mal de amor.

Mis deudas con Javitus podían considerarse saldadas. Ya sin culpas, yo podía incluso disfrutar con alegría genuina al ver todo lo que ahora le devolvía el universo. Y no me refiero a su romance con Eleonora, sino a los tiempos posteriores a su separación de ella. Habiendo evitado la trampa del matrimonio y mientras la mayoría de sus laderos de antaño engordábamos embuchados de rutina doméstica marital, Javitus exprimía su soltería al máximo. Llegaba a las reuniones en moto con *pendejas* al menos diez años menores que él, se mantenía en forma, conservaba un humor que el resto habíamos perdido. Se había convertido en el que todos queríamos volver a ser.

Desafortunadamente, no todo lo bueno dura para siempre. Estimo que el estilo de vida animado ya había menguado un poco en él para cuando, estando yo ya divorciado, nos encontramos en su balcón revisándonos el uno al otro las conquistas de *Tinder*.

— Che... ¿Qué onda con esta “Laura, 33”? ¿Vos ya saliste con ella? —lo tanteé con prudencia, no fuese que ya estuvieran en algo juntos. Lo último que quería era repetir uno de mis *primereos* clásicos de las épocas de facultad.

— No, ni idea, solo chateamos un poco hasta ahora —me liberó con su respuesta.

— Yo también vengo hablando con ella. Incluso la tengo en *WhatsApp*. Le escribo y le tiro de encontrarnos ahora. Le digo que estoy con un amigo, que ella lleve también a una amiga y *sanseacabó*. En media hora estamos en un bar con dos señoritas.

— Pará, se me ocurre algo mejor —me frenó Javitus—. Escribámosle los dos ya, pero cada uno por su lado. En algún momento va a quedar para encontrarse con vos o conmigo. El giro inesperado, es que en vez de ir con quien finalmente arregle, va el otro. Como ella no tiene idea de que nos conocemos entre nosotros, mínimo va a pensar que se volvió loca. O quién sabe... capaz incluso no se da cuenta o le da lo mismo. Y la gracia termina pasando por ahí —me explicó su treta con la misma pasión con la que Tarantino habla en las entrevistas sobre su próximo guión.

— No sé... me parece mucho —arrugué—. Llegás al bar, la piba *friquea*, ponele que no tiene humor o, peor, se asusta y terminás cancelado en *Twitter* de por vida. Ya no estamos más en los noventas. Todo por graciasos pelotudos...

— Todo por una buena anécdota —me corrigió.

Fue en ese mismo instante en que volví a sentirme culpable con Javitus, pero esta vez por desbaratarle su comedia de enredos tal cual la había imaginado. Así que le propuse improvisar una versión más *light*, que con seguridad tampoco provocaría risas en un taller de diversidad y masculinidades conscientes, pero más que correcta para dos criados a base de películas de Olmedo y Porcel. Iríamos por mi idea original, con algunos ajustes. Un plan que resultaría digno de ser incluido en un libro de jugadas de seducción picarescas.

“La cita doble”

La jugada maestra se pondría en marcha al llegar todos al bar, cuando Laura *treinta y tres* descubriese que dos de sus levantes digitales eran amigos entre sí. Desde luego, yo fingiría no saber nada de los chats anteriores en la aplicación de citas entre ella y mi compinche. Ambos presentaríamos a nuestros acompañantes: Javitus por mi lado y, supongamos, una Luciana *equis* por el suyo, quienes harían las veces de la otra pareja en la cita doble. Una vez completadas las introducciones y a la primera oportunidad, Javitus llamaría a Laura aparte con disimulo y le reforzaría mi supuesto desconocimiento sobre su trato virtual previo, sugiriéndole mantenerlo en secreto. Así lograría envolverla en su juego por el resto de la noche. Cada vez que yo me dirigiera a Laura, lo haría dando el pie para que él cruce miradas furtivas con ella. Como previsto, esa complicidad excitante con leve gusto a trampa en poco a Laura se le tornaría irresistible. La llevaría de modo ineludible a trenzarse en un *chape* desenfrenado con mi amigo ni bien tuviese la próxima chance de alejarlo de mi vista, por ejemplo de camino a los baños, en las escaleras del boliche. Recién entonces, con la primera fase concluida con éxito, podríamos avanzar sobre el segundo acto. Recibido un mensaje de Javitus con el visto bueno para proceder, yo le avisaría a la hipotética Luciana que, en ese texto, su cita circunstancial anunciaba que se había vuelto a su casa. Me excusaría en su nombre, lamentando no poder darle mucha precisión sobre los motivos de su partida imprevista. Luego, le recomendaría que ella busque a su compañera, ya que yo también me iría prontamente. Es entonces que, al encontrar a los besos a su amiga y a su cita, en una mezcla más de aburrimiento que de necesidad de venganza yo me transformaría con naturalidad en el instrumento ideal para su pasatiempo y desquite. Para cuando ella viniese a buscarme, al solo efecto de reforzar la grandeza del plan con un final dramático, yo ya me habría ido.

Sea éste un tributo tardío a mi amigo: el cómo me hubiera gustado que fuesen muchas de nuestras salidas de viernes y sábados en nuestras épocas de facultad.

Terminé de contarle el plan a Javitus. Por un momento pensamos en ponerlo en práctica, en escribirle a esa Laura de *Tinder*. Pero ya no hacía falta. Abrimos dos cervezas más y, apoyados sobre la baranda del balcón, nos quedamos mirando el tráfico que pasaba a lo lejos por la avenida San Juan.

Comentá sobre este relato en el sitio ([enlace](#))

El rock murió de Covid

La pandemia 2020 no funciona de trama para ningún tipo de contenido. Ya sea literario, cinematográfico o de entretenimiento en general. Espanta a los consumidores y a los críticos. Por lo tanto, disuade a los productores, estudios y editoriales de invertir en productos que la retraten. Y no se le puede atribuir a la gravedad de las secuelas dejadas por el virus en la humanidad, porque de ser por los daños ocasionados nunca se hubiese filmado una sola película sobre la Segunda Guerra Mundial. La diferencia está en que, en contraste con la acción vertiginosa del desembarco de Normandía, no hay cortes rápidos de edición que puedan crear palpitación por gente con barbijo haciendo filas lentas y espaciadas. Y porque se sabe poco del villano que, por corto de palabras, compone un personaje aburrido, sin cara ni cariz para un rol atrayente. Consciente de ello, les aclaro que en este relato el Covid tiene pocas líneas de diálogo. Su aparición será tan necesaria como breve. Porque si hay algo que no estoy dispuesto a hacer, es a perder un solo lector u oyente ante lo que se ha llevado ya a lo que más quise en el mundo: el rock.

Con lo autorreferenciales que suelen ser mis textos y con lo que me tiente contar mi experiencia como músico en este caso, voy a elegir evitarlo. Porque por su poca trascendencia, la mención no conviviría con gracia dentro del conjunto de artistas de fama mundial que usaré como ejemplos en adelante. Luego, porque para ensayar un análisis más objetivo preciso correr el foco del cómo me afectó el fenómeno en un nivel personal. Prefiero solo pensarlo desde el lugar de alguien que se considera criado en la cultura rock y

que entiende algo del negocio de espectáculos, pero que por sobre todo ama la música.

Muchos opinan que el siglo XXI no comenzó con la caída de las torres gemelas, sino con la pandemia de coronavirus. Que el verdadero cambio de era sucedió recién entonces. Y en lo que respecta a la música o mejor dicho, a la escena pop musical masiva, no puedo estar más de acuerdo.

Es justo admitir que para la segunda década del nuevo milenio el rock estaba lejos de su mejor forma. Con más de seis décadas de vida, para cuando se *agarró el bicho* ya bien podía considerarse parte de un grupo de riesgo. Porque eso de que la música no tiene edad es una frase hecha, envejece como todo. Corre sí con la ventaja de poder renovarse y pelearle mejor al tiempo que los seres orgánicos. Conseguir que sus cambios de apariencia sean más que un *lifting* e incluso, si su transformación es genuina, posponer por plazo indefinido su declive. Pero el rock se conformó, se descuidó. El último movimiento disruptivo, convocante y trascendente surgido de sus filas tenía ya más de veinticinco años para cuando nos encerraron las cuarentenas. El *grunge*, el estilo crudo de apatía impostada nacido en Seattle, Estados Unidos, aquel que había desplazado al *hard-rock* optimista de sus vecinos sureños californianos, ya era parte del *vintage*. Para quienes no fueran leñadores, lesbianas o lesbianas leñadoras, la única forma de encontrar en 2019 un atuendo que les mantuviese vivo el “*espíritu adolescente*” de Cobain, hubiera sido en una feria americana. Es cierto que del otro lado del Atlántico y en contemporaneidad con el *grunge*, el *britpop* entraba en ebullición con Oasis, Blur y Pulp a la cabeza. Pero que por aferrado a todas las modas pasadas, desde el *beat* al *new wave*, con homenajes breves al *punk* y hasta al *ska* de Madness y The Specials, hacía más las veces de compendio halagador de todo lo bueno de la música de las islas que de signo de desobediencia o renovación. Desde luego, nada de lo que pudiera haberse gestado por entonces desde la periferia, incluso superador a la mera imitación de las tendencias del rock en inglés, tuvo el poder para revertir la declinación de un fenómeno por naturaleza global, regido desde los países centrales.

En los noventas, durante su último gesto de rebeldía, el rock ya era cuarentón. Por supuesto y como corresponde, con sus achaques, divorcios y crisis auestas. Habían pasado cuatro décadas desde su origen primitivo *afro-blues anglicado* en los cincuentas, el que evolucionó y floreció en mil colores durante los sesentas, esparciendo su influencia cultural y política

mucho más allá de la música. Se sublimó como expresión artística desde la inercia del primer *Woodstock*, desde el legado de los *Beatles*, desde el duelo a la primera generación del “*club de los veintisiete*”: Brian Jones, Jim Morrison, Janis Joplin, Keith Moon y Jimmy Hendrix. Basta con remitirse a la factura de los que los siguieron para entender por qué cotiza tan alto esa época. *Led Zeppelin*, *Deep Purple*, *Queen*, *Wings*, *Genesis*, *Electric Light Orchestra*, *Supertramp* y *Pink Floyd*, por mencionar algunas bandas. Grupos que construyeron, antes que canciones, himnos. Incluso, la mayoría de las veces, sin caer en la tentación de sobre elaborar la música a un nivel inaccesible a las masas. De ahí que exista un consenso casi generalizado respecto de que el rock haya alcanzado su esplendor en los años setenta y que de ahí en más fue el comienzo de su caída.

Sin embargo, me permito reivindicar los ochentas. No porque yo haya crecido por entonces y consumido su música con entusiasmo infantil. Sino por haber sincerado el trato entre rock y mercado, existente desde siempre, y transformarlo en mil *hits* para cantar, para bailar, para volver a disfrutar sin culpa. Parecido a sus inicios, pero ya entonces con un manejo de la sutileza y la ironía por momentos exquisito. Será por eso que cuando los artistas pop actuales reverencian en ocasión al rock eligen sonar *ochentosos* y no como de otra etapa. Agrego: si durante su período de oro anterior no hubiesen surgido miradas elitistas que discriminaban el rock bueno del malo, el simplón del virtuoso, el puro del infiel, tal vez la actualidad sería otra. Tan calcado a otros movimientos del siglo XX que duele. Si pasó con tu revolución preferida, como no iba a pasarle a un estilo musical...

No desconozco el rock posterior al *grunge*. Claro que hay y seguirá habiendo artistas enormes y talentosos que intenten renovar el género. Pero su impacto cultural se diluye en una oferta muy amplia y atomizada, potenciada por los hábitos digitales de consumo. Formas a las que al rock le cuesta adaptarse. La muerte del álbum, el regreso al single, desde hace rato etéreo e intangible le resulta incómodo. Las colaboraciones entre artistas, la mayoría de las veces forzadas, se notan impuestas por sus compañías en el afán de mejorar ventas. Todo lo que, por el contrario, los que cultivan géneros urbanos dominan con maestría. Los que llenan estadios sin promesas de nostalgia, sino de presente.

Lo que resulta evidente ya de al menos veinte años para acá, terminó de consolidarse y de formalizarse durante la pandemia. Nos libró de buscar responsables. Que si la culpa fue de *MTV*, del *Lollapalooza* o de los propios

rockeros en nuestros fanatismos binarios a la *Ford* vs. *Chevrolet* (mi teoría favorita). Al rock lo mató el Covid.

Me pregunto si los pocos hijos adolescentes de mis amigos a los que les gusta el rock, serán vistos por sus pares como *freaks*. Como en los noventas veíamos a los pibes a los que les gustaba el tango o el folclore. Y me da mucho miedo el haberme transformado yo en uno de aquellos viejos reaccionarios que menospreciaban la música de los jóvenes por no entenderla o, peor, por sentirla una amenaza. Trato de convencerme con que ahora es distinto, de que no existe más tal brecha generacional. Que en general la camada de mis padres, contemporánea a los *Beatles* y los *Stones*, tardó mucho más en hacer propio ese concepto y estilo de vida; que antes de la globalización, los adolescentes argentinos eran más parecidos a sus progenitores; que acá no hubo *flower-power* más que para unos pocos bohemios; que por eso la brecha cultural entre nuestro tiempo y el de los que nos criaron había sido abismal. Pero que ahora ya no es tan así. Que mi hija y yo estamos mucho más cerca en el entendimiento del mundo; que no hay tantos temas tabúes que nos separen, como eran el sexo prematrimonial de sus hijos para mis abuelos, o el fantasma de la marihuana con los *boomers* para con nosotros, los “*equis*” y *millenials*. Sin embargo, me descuido al oír diez segundos de cualquier música urbana *mainstream* actual y ya me encuentro afirmando que todo tiempo pasado fue mejor. Lo digo mientras levanto el dedo y me figuro posando para un retrato en óleo, con gesto agrio y conservador. En el mejor de los casos y en un buen día, condescendiente como los personajes de tío o profesor compinche de Luis Sandrini, piolas en la superficie pero moralistas a ultranza.

Ha de ser que todavía no atravesé el duelo. Que todavía no salgo de una etapa de negación. Será cuestión de asumirlo: el rock murió de Covid. Muerto el rock, viva el rock.

Comentá sobre este relato en el sitio ([enlace](#))

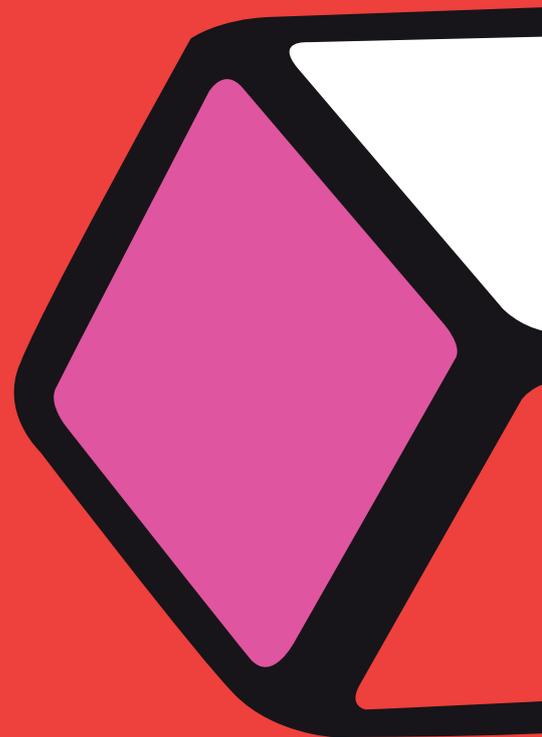
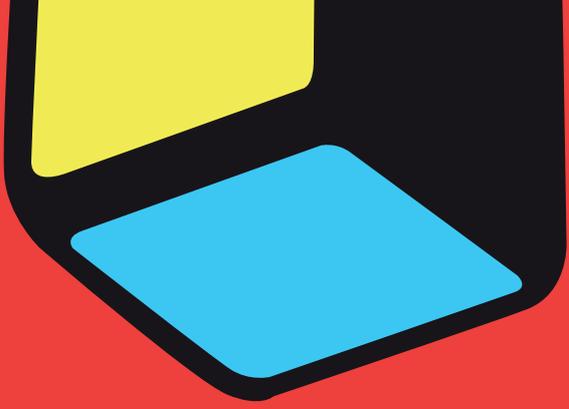
A medio deconstruir sigue en construcción.

Suscribite en amediodeconstruir.com
para enterarte de las nuevas historias y
para saber cuándo descargar este libro
en PDF actualizado.

También podés dejar tus comentarios sobre cualquiera de
estos relatos en su versión online en el sitio.

¡Gracias!

P.E.



a medio deconstruir